

ANTOLOGÍA RIONEGRINA

RELATOS DE POTRERO



ANTOLOGÍA RIONEGRINA

RELATOS DE POTRERO

PRIMER TIEMPO



Homenaje a Osvaldo Soriano

Índice

Prólogo	7
Puntapié inicial	8
1 Albariño, Milton Neri - San Antonio Oeste	9
El héroe del ruedalunazo	10
2 Avoledo, Gino Hernán - General Roca	13
Clubes pioneros en General Roca	14
Un club que dejó su huella en la historia	15
Una familia con el fútbol en la sangre	16
General Roca y Cipolletti en el año 1925	17
Italia Unida con un estreno de campanillas	18
3 Bassi, Pablo - San Carlos de Bariloche	19
La estrella de Huahuel Niyeo	20
4 Benassi Sosa, Darío Fabián - Río Colorado	22
El Pantera Negra	23
<i>El Negro</i> Gutiérrez	25
5 Braver Iosovich, Taiu - El Bolsón	27
El Pasadore	28
6 Buonaventura, Dardo Ángel - General Conesa	30
Imprevistos en el verano del 84	31
7 Burgos, Germán Enrique - El Bolsón	33
Todo está guardado en la memoria	34
8 Casanova, Fausto Gabriel - General Roca	36
El golazo del hijo del taxista	37
9 Castañeda, Jorge - Valcheta	40
<i>El Bambi</i> Flores	41

10	Catalán, Matías Axel - Villa Regina	43
	Es una tarde especial	44
11	Córdoba, Claudio - Ingeniero Jacobacci	46
	Huahuel Niyeo Campeón Norpatagónico de Clubes	47
12	Degliantoni, Pablo - Viedma	49
	El Mundial más corto del mundo	50
13	Epulef, Javier - Ingeniero Jacobacci	53
	Mi viejo y la pelota	54
14	Figueroa, Mario - Cipolletti	56
	El último centro	57
	Oswaldo Soriano y mi viejo	60
15	Garde, Wilson Federico - Viedma	63
	El arco más grande del mundo	64
16	Garrido, Martha Edith - General E. Godoy	66
	Derrotas que pueden ser mínimos triunfos	67
17	Herrera San Martín, Carlos Aníbal - Villa Manzano	69
	Relato de viento	70
18	Hünicken, Leandro Andrés - Viedma	72
	Ilusión	73
19	Ludman, Julio - Cipolletti	75
	La noche es día	76
20	Municipalidad de Río Colorado - Prado, Yesica	79
	El Grandote y el Mundialito que nunca fue	80
21	Olguín, Fabián Alberto - Ingeniero Jacobacci	82
	“Sacame una foto, Fabi”	83

22	Otero, Martín Eduardo - Sierra Grande	85
	Paisajes de gol	86
23	Pierucci, Nazareno - Cipolletti	88
	Los Manzanos para siempre	89
24	Pino, Enrique Oscar - Dina Huapi	90
	Recuerdos de domingo	91
25	Quiñones, José Alberto - Cipolletti	94
	Bifes con cebolla	95
26	Ramos, Ricardo - El Bolsón	98
	El día que mi hermano se convirtió en (mi) héroe	99
27	Rebolledo, Jorge Pablo - Cipolletti	101
	Papeles volando	102
28	Roque, Pablo Daniel - San Carlos de Bariloche	104
	El último gol de González	105
29	Santi, Juan - Viedma	106
	Desbordando por izquierda	107
30	Staffora, Nicolás Matías - Viedma	109
	¿Solo noventa minutos?	110
31	Torres, Ana Silvia - Chimpay	111
	Feo día para ser arquero	112
32	Velazquez, Luis Arcenio - Choele Choel	115
	El último gol de Corbatta	116
33	Villar, Oscar Antonio - General Roca	118
	Pelota de cuero	119

Registro de Autor y Libros

Relatos de potrero : antología / Ral.- 1a ed. ampliada.

Viedma: Fondo Editorial Rionegrino, 2026.

Libro digital, DOC

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-767-168-5

1. Recopilación de Datos. Narrativa.

Antología de relatos de fútbol. I. Título.

CDD A860

Dirección:

Juan Pablo Montelpare

Coordinación:

Leandro Gaviño

Edición:

Silvana Pérez León

Diseño y maquetado final:

Jorge Luis Arriagada

Ilustraciones:

Jorge Amarilla

Lucas Metelsky



Dirección de Arte y Comunidad - Fondo Editorial Rionegrino

Secretaría de Cultura de Río Negro

Zatti 287, primer piso - Viedma - CP 8500 - Río Negro. República Argentina

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

El derecho de autor resguarda el trabajo literario, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas, la creación artística y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura dinámica. No se puede reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Respetar estas restricciones es respaldar la autoría.

Los autores son responsables de sus ideas y de la presentación de los hechos expresados en cada publicación, así como de sus opiniones personales, las cuales no reflejan necesariamente las de los editores. Los autores son los responsables por los derechos de publicación de las imágenes suministradas por ellos.

Prólogo

Hay partidos que terminan con el pitazo final y otros que siguen jugándose para siempre en la memoria. Esta antología recupera las historias que evocan a estos últimos.

En cada uno de estos relatos late un cacho del fútbol rionegrino: el barro del potrero, el eco de una tribuna de pueblo, la ansiedad del vestuario antes de salir a la cancha, el relato de una radio local que convirtió un gol en leyenda o la conversación interminable después del domingo. Son historias donde el resultado importa menos que aquello que el fútbol es capaz de generar: pertenencia, emoción, identidad y comunidad.

Inspirado en la mirada de Osvaldo Soriano, que supo encontrar en el fútbol una extraordinaria forma de contar la vida, este concurso convocó a rionegrinos y rionegrinas de toda la provincia para rescatar esas pequeñas épicas que rara

vez ocupan los grandes titulares, pero que permanecen intactas en la memoria de quienes las vivieron.

Los textos aquí reunidos no buscan consagrar héroes invencibles. Celebran, más bien, ese fútbol que se juega cerca de casa: el de los clubes que sostienen generaciones, el de los clásicos interminables, el de las derrotas que también se recuerdan con orgullo y el de los goles que, con el paso del tiempo, parecen haber sido cada vez más espectaculares.

Cada relato seleccionado es una nueva voz que se suma a la historia futbolera de Río Negro. Juntos conforman una hinchada de palabras donde conviven la nostalgia, el humor, la emoción y la imaginación.

Ahora el silbato marca el comienzo. La pelota ya está rodando. Que disfruten la lectura.

Puntapié inicial

Cuando pensamos esta antología hubo varias “cosas en juego”. Una de ellas (quizás la más firme) fue imaginar cuánto de nuestra identidad rionegrina habita en esa manera de mirar el fútbol que Osvaldo Soriano convirtió en literatura: el potrero, la cancha de barrio, la palabra latiendo en la tribuna, el relato que rueda de boca en boca y esa memoria que, como una pelota inquieta, gambetea al olvido.

Amante y practicante temprano del fútbol, Soriano supo descubrir en este juego una extraordinaria forma de contar la vida. Lo resumió alguna vez con estas palabras: “El fútbol tiene la significación de una guerra sin muertos, pero con conflicto, con drama, reflexión e ironía; y amalgama a la familia, cosa que no consigue la política” (revista *Viva*, 19/11/1995).

En las páginas de esta antología, esa familia se multiplica en voces, geografías y recuerdos de autores de Río Negro que se animaron a volver a sus potreros, a sus clubes, a sus domingos de cancha, a esos partidos que quizás terminaron hace años, pero que todavía siguen jugando en la memoria.

Aquí conviven la pasión de los colores que nos identifican, las pequeñas épicas de barrio, el humor, la nostalgia, las

derrotas que se vuelven orgullo y aquellos goles que el tiempo —caprichoso y generoso— se encarga de hacer cada vez más inolvidables.

Porque hablar de fútbol también es hablar de nosotros: de los lugares que habitamos, de quienes nos enseñaron a querer una camiseta, de las amistades que nacieron alrededor de una pelota y de las historias que pasan de generación en generación como un secreto compartido.

Estos relatos son, también, una manera de hacer memoria. Una hinchada de palabras que reúne distintas voces para contar un mismo territorio: el Río Negro de los potreros, de los clubes, de las tribunas y de las historias que merecen seguir rodando.

La pelota está en juego. Abrí este libro. El partido acaba de comenzar.

**Dirección de Arte y Comunidad
Secretaría de Cultura**



Milton Neri Albariño

San Antonio Oeste

Tiene 55 años de edad y reside en San Antonio Oeste. Es promotor sociocultural y comunitario. Además es cronista, relator y comentarista de fútbol.



El héroe del ruedalunazo

Era un domingo de fines de mayo de 1977. En Río Colorado, el frío no era cuento de viejas: te calaba hasta los huesos, cortesía del viento patagónico que no pedía permiso. Hoy se sueña con estadios climatizados, pero, en esos tiempos, tener una cancha propia ya era un logro; y con un alambrado, ¡una proeza! Aunque, claro, uno se las arreglaba con lo que había, que no siempre era mucho.

En la humilde cancha de tierra del Club Deportivo y Cultural Villa Mitre, con el

alambrado perimetral que la comisión directiva había levantado a puro pulmón (seguro que más de uno terminó con lumbago), se jugaba un partido más. La Reserva o Tercera del Fortín, como le decían al Club Atlético Defensores de Buena Parada, se medía contra el equipo local.

El ambiente era el clásico del fútbol pueblerino: bicicletas tiradas por ahí, un par de autos que parecían venidos de otra década y la ronda de mates, que circulaba más rápido que la pelota, calentando lo

que el sol no lograba. La poca hinchada, envuelta en cuanto abrigo encontró, seguía las acciones con la misma pasión que un perro persigue su cola.

No era necesario tener una radio encendida para llenar la tarde: los gritos de los directores técnicos, las indicaciones de los capitanes y el inconfundible “tac” de la pelota de cuero, que sonaba como un tambor tribal, cumplían ese propósito.

Más que una cancha, el campo de juego era una extensión de la pampa. Cada pique era una ruleta rusa y las corridas levantaban una tierra que te hacía guiñar los ojos. Correr, saltar y meter la pierna era menos un deporte y más una audición para el Cirque du Soleil; todo por el amor a la camiseta, claro.

Los jugadores, con sus camisetas ya de un color “barro y tierra”, se entregaban al juego con una valentía que hoy sería ovacionada. Las camisetas de Buena Parada eran rojas con vivos blancos, pero el uso y el sol las habían desteñido a un tono casi rosado. Las de Villa Mitre, azules y amarillas, estaban a su vez tan desteñidas que el color original era casi una leyenda urbana.

El conocido árbitro Juan Montiel dirigió la orquesta, flanqueado por sus asistentes: Antonio *Tulo* Méndez (banderín rojo) y Timoteo Allalef (banderín amarillo); hombres de pocas palabras, sí, pero con una agilidad visual que ya quisieran los jueces de línea actuales.

Entonces llegó el momento que transformaría un partido común en leyenda. Un despeje desesperado de uno de los mellizos Zamataro mandó la pelota a volar más allá del alambrado justo cuando Félix Tejorick se perfilaba para el gol tras un pase quirúrgico de Carlitos Anduelo. La pelota se perdió en el horizonte.

La cuestión es que cada vez que el balón se iba, recuperarlo era una odisea. A veces algún vecino de alma caritativa lo devolvía, pero muchas otras tocaba emprender una expedición de búsqueda, porque las pelotas no sobraban y perder una era casi como perder un familiar.

La suerte quiso que, en ese preciso instante, apareciera en escena el verdadero protagonista de la tarde: un hombre de campo, sereno, montado en un zaino, que pasaba al trote tranquilo por las inmediaciones.

Al ver la pelota fugitiva, este jinete, ajeno al drama futbolístico pero con el instinto del juego a flor de piel, no dudó: se apeó de su caballo y, con un alpargatazo de derecha —calzando esas conocidas Rueda Luna azules con suela de yute—, devolvió el balón al campo para que el partido siga. ¡Ni Messi la ponía ahí con esa precisión!

La imagen de ese hombre de campo devolviendo la pelota para que la pasión no se frenara quedó grabada en la retina de todos como un gol inesperado. El encuentro de Reserva continuó como si nada y el resultado final fue un modesto empate: 1 a 1.

Luego llegó el turno de la Primera División. El frío no había aflojado y la expectativa por el partido estelar se sentía en el aire, pesado por la humedad y el viento. El trámite fue cerrado, con pocas chances claras para ambos equipos, pero la suerte (o, más bien, la habilidad) estuvo del lado de los locales.

En un momento crucial, el árbitro Montiel señaló un penal a favor de Villa Mitre. La hinchada contuvo la respiración. El encargado de ejecutar la pena máxima fue *Lalán* Guerrero: no falló y sentenció el 1 a 0 final a favor de Villa. La alegría estalló entre los pocos presentes en un grito de gol que se elevó sobre la estepa.

Ese día de mayo de 1977, en la humilde cancha de Villa, no solo se jugó al fútbol; se tejió una anécdota entrañable, forjada a puro esfuerzo y coronada por la intervención inesperada de un héroe en alpargatas. Fue una jornada que demostró que la verdadera pasión por el juego no entiende de límites, ni de alambrados, ni de temperaturas bajo cero.





Gino Hernán Avoledo

General Roca

Es periodista, cuenta con una amplia trayectoria en distintos medios y plataformas. Tiene 50 años y reside en la zona rural de General Roca. También es gestor cultural y deportivo. Se desempeña como jugador y árbitro asistente de fútbol en las categorías amateurs.



Clubes pioneros en General Roca

“El 13 de abril próximo se invita a vecinos a una reunión para la creación de un club de foot-ball”, tituló el diario *Río Negro* en una de sus planas del año 1916.

A los pocos días, un puñado de entusiastas, envueltos de algarabía y ganas deportivas, conformaron el primer plantel de fútbol de General Roca bajo el nombre de El Roquense, integrado por: Otto Gilardi, Villar, Castellanos, los ingenieros Lavin, Ballesteros, Lafourcade y Marre, Bartolomé Porro, Roquette, C. Padín, Bocaner, Benítez, los hermanos Herrera y Jim Bonnet, entre otros.

Luego de sus primeros amistosos, fue oportuno oficializar al club El Roquense con la intervención de su primer plantel. Así fue como el 25 de mayo de 1916, El Roquense recibió al club Juventud Unida de la Colonia Lucinda (Cipolletti) en el parque Pringles. Amenizó el acto una banda musical.

A los meses pasó a llamarse Club Atlético Social y Recreativo General Roca, y su primer presidente fue Eduardo A. Nouzellies.





Un club que dejó su huella en la historia

En los albores del incipiente territorio del Alto Valle nació, hacia fines del año 1925, el club de fútbol Latinoamericano, el “River Plate” de la región.

Al momento de su fundación, la presidencia le fue confiada al señor Elías Stefanini. En sus primeras campañas deportivas, el club utilizó los colores verde y amarillo. Luego adoptó la camiseta blanca con franja roja cruzada, razón por la que fue apodado “el River”.

Los primeros apellidos ligados al fuerte equipo del Latino: Esteban Temi, Enrique Porro, Antonio Silvetti, Antonio Costa, Victoriano Corral, Patricio Rodríguez, Julio

Pomiés, Julio González, Rafael Pérez, los hermanos Fernández, Rafael Mariñan, Vicente Marino, Guillermo y Eduardo Viterbori, Ramón Ríos, además de López y los hermanos Méndez.

Este equipo tuvo lucidas actuaciones y buenas campañas; para el año 1928 conseguiría la Copa Gobernador León Quaglia.

De aquel Latinoamericano poco ha quedado; para los más románticos, la singular anécdota de haber vestido durante mucho tiempo la banda roja cruzada en el pecho antes de su desaparición, a fines del cuarenta.



Una familia con el fútbol en la sangre

Esto pasó hace setenta y dos años, cuando cinco hermanos vistieron la camiseta del viejo Club Atlético Río Negro ante Tiro Federal, ambos de General Roca.

El cotejo, organizado por la entonces Liga Deportiva Río Negro para el 21 de junio de 1953, le ofrecía a la ciudad una tarde de clásico a los aficionados del fútbol. Río Negro (fundado en 1925) paró en la cancha de avenida General Roca y Moreno un *eleven* titular con la presencia de cinco Baeza y tres pares más: J. Muñecas en el arco, el *Negro* Castro, el *Turco* Abrahan, Regonetto, el *Loro*

Herrera, Juan Baeza, *Pomelo* Rodríguez, Américo Baeza, Gómez, *Pajarito* Baeza, José Baeza, *Pichulo* Castro, Luis Baeza, Carlos Balmaceda y Eliseo Martín.

La alegría fue total: Río Negro ganó por 6 a 2. Aquello fue una divina extrañeza deportiva que ilustró la historia del fútbol local.





General Roca y Cipolletti en el año 1925

En el año 1925, el Club Atlético Social y Recreativo General Roca recibió al Club Athletic Cipolletti en Primera y Segunda División, y resultó ser un marcado hecho histórico para el fútbol regional.

El cotejo de Segunda División encontró a un claro dominador: Roca se impuso por 5 a 0. En cambio, en el partido de Primera, donde estuvo en juego el Trofeo Zapatillas Langosta (comercio de Bahía Blanca), el Athletic Club Cipolletti se alzó con la victoria por 2 a 0 en tiempo suplementario. Al capitán del Athletic Cipolletti se le hizo entrega de once libras esterlinas como parte del premio, además

de las respectivas medallas a cada integrante del plantel.

Formación del Atlético General Roca: Lamarca, J. Pomiés, Pérez, Agüero, F. Pomiés y Mattar, Gutiérrez, Molto, Poma, Lass y Rueda.

Formación del Athletic Club Cipolletti: Endozam, Reali, Ardiles, Payllalef, Kosman, López, Villalba, Alzaga, Libré, Vera y Cejas.

Dirigió el encuentro principal el señor F. J. Canil.

La llama de la pasión por el fútbol estaba encendida.





Italia Unida con un estreno de campanillas

Italia Unida (fundado en 1919) nació como una institución con una marcada presencia social y cultural por sobre lo estrictamente deportivo. Prestaba su cancha de fútbol y su predio deportivo a los equipos locales.

El 25 de mayo de 1955 inauguró su estadio en el barrio Quintu Panal (actual Luis Maiolino), en una colorida y festiva tarde que contó con la visita del campeón de la Liga de Bahía Blanca, el club Villa Mitre.

La afición acompañó en buen número, colmando las instalaciones. Además, asistieron autoridades de clubes vecinos

y del municipio. El párroco local, Heraclio Moreno, presidió la bendición del predio y el Aeroclub intervino arrojando, desde un avión, banderines (con los colores patrios e itálicos) y el balón para el puntapié inicial. Villa Mitre ganó ese amistoso 4 a 2.

En 1974, Italia Unida participaría, junto con el Club Río Negro y con Tiro Federal, de la fusión que dio vida al actual Club Deportivo Roca.





Pablo Bassi

San Carlos de Bariloche

Reside en San Carlos de Bariloche. Tiene 43 años y es periodista. Es hincha de Boca Juniors y se define como "futbolista social".



La estrella de Huahuel Niyeo

Para seguir la huella imborrable de Tiro Federal Huahuel Niyeo hay que llegar hasta Ingeniero Jacobacci, una ciudad fría, seca y ventosa, donde las nevadas clausuran las canchas a cielo abierto entre junio y septiembre. Nada a lo largo de los doscientos kilómetros que la separan de San Carlos de Bariloche ofrece indicios de buen fútbol: ni el trazado ripioso a medio pavimentar ni los desolados parajes de productores ovinos de la meseta patagónica.

El club nació en diciembre de 1931. En la primera reunión de su Comisión Directiva,

con mayoría de hinchas riverplatenses, se estableció como identidad cromática una banda roja atravesada sobre fondo blanco y se mandó a comprar diez camisetas, buzo de arquero, una pelota y veinte kilos de cal para delimitar una cancha.

Compitió contra Ramal Esquel, Sportivo Maquinchao, El Refugio y otros equipos de los alrededores, y un hecho clave de 1971 lo lanzó al fútbol grande de la Patagonia: el ingreso a la Liga de Fútbol de Bariloche (LiFuBa). En su primera década allí obtuvo tres campeonatos y cinco subcampeonatos.

En 1979 ganó el primer torneo que la Liga de Bariloche jugó contra otras ligas de la región, y lo volvió a ganar en dos ocasiones más. El certamen, que guardaba alguna semejanza con el Torneo Federal, habilitaba el ascenso a la B, al Nacional y a Primera.

Huahuel vistió la publicidad de Pepsi (durante los años que resistieron las prendas) antes que cualquier equipo argentino. Un dirigente del club, trabajador en la distribuidora de la gaseosa norteamericana, había rogado a la empresa por once buzos, que los jugadores llegaron a usar con treinta grados bajo el sol.

“Los mejores jugadores de Bariloche se morían por estar en Huahuel, y creo que llegó a ser una especie de selección de la zona”, cuenta Juan Carlos *Gatillo* Alonso, delegado del club.

Cuando Huahuel le arrebató en 1988 el título a su eterno rival, Boca Unidos de Bariloche, los de Jacobacci avisaron que no ocuparían su plaza en el Torneo Regional por los altos costos que representaba viajar dos veces al mes

cientos de kilómetros, hacinados en un Mercedes 608 sin asientos reclinables. Sin contemplación, LiFuBa multó al club y lo expulsó de la liga.

Huahuel ingresó entonces en un tiempo de altibajos: un ostracismo hasta el 2000 y una exitosa campaña en 2013 que estuvo a punto de llevarlo a la B; pero los gastos fuera de la ciudad, entre policía, arbitraje y traslados, eran insostenibles económicamente. El club pidió entonces reingresar a LiFuBa, pero al final quedó brillando en la Liga Rionegrina de Fútbol.





Darío Fabián Benassi Sosa

Río Colorado

Vecino de Río Colorado, tiene 60 años y es profesor de teatro. Además, tiene cinco libros publicados de poesía y relatos. Es hincha del Club Social y Deportivo Independiente, de Río Colorado, y simpatizante del Club Cipolletti, donde jugó Osvaldo Soriano.

El Pantera Negra

Hace unos días me lo crucé en la calle al Pantera Negra. Con ese apodo lo conocí de chico y, después de tantos años, sigo identificándolo como tal. Nunca supe cuál era su nombre ni de qué trabajaba, ni quiénes eran su familia, como tampoco sé si él sabía mi nombre o algún otro dato sobre mi vida.

Aunque el pueblo ha crecido mucho, no podría decirse que es una gran ciudad, como esas en las que nadie se conoce con nadie. No sé, pareciera que lo único que hemos querido saber del otro y guardar en nuestra memoria se reduce a aquel momento cuando, de pibitos, la vida nos cruzó jugando al fútbol.

Pero vayamos a aquel día. Yo jugaba en las inferiores de Independiente y nuestro técnico había armado un partido contra el equipo del Barrio Unión. Por aquel entonces, ellos todavía eran un equipo barrial y para nosotros no era otra cosa que un entrenamiento, encima en la cancha grande.

El Pantera Negra era alto y delgado; su andar estilizado y su color de piel le habían dado el apodo. Jugaba de centrodelantero y mandó adentro las dos únicas pelotas que agarró en el primer tiempo.



Un artista el Pantera: una a la ratonera y la otra al ángulo. Ese segundo gol fue para ponerlo en un cuadro: sombrero al central, la dejó picar, se llenó el empeine y la puso arriba; imposible para el arquero. Nos fuimos al vestuario 0 a 2 abajo, desconcertados y reprochándonos unos a otros.

En el segundo tiempo, el mundo se acomodó y terminamos ganando por tres goles de diferencia.

El Pantera Negra, ¡gran valor! Siempre saludándonos en el pueblo, tal vez sin querer ir más allá de aquel momento de la niñez que nos mostró que lo establecido, a veces, puede tambalear.





El Negro Gutiérrez

¡Cuánto fútbol, cuántas vivencias, cuántos pibes, cuánta gente con la cual una pelota expresó los días de mi infancia!

De aquellos años en los cuales todo potrero era una canchita y un inminente partido de fútbol, siempre recuerdo al *Negro Gutiérrez*. Para nosotros era un tipo grande, aunque no lo sería tanto. Vivía enfrente de un terreno baldío al cual él había poblado poniendo arcos y pintando la cancha para armar los fines de semana campeonatos de “rompe y raja”.

Su equipo, obviamente, siempre jugaba de local allí y él siempre era el árbitro.

Nosotros lo detestábamos, todas para ellos. Ganar en la canchita del *Negro Gutiérrez* era misión imposible. Así y todo, cada vez que había que ir a jugar nos presentábamos con los pibes del barrio y nuestro equipo.

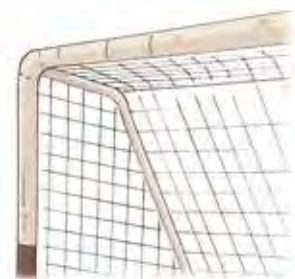
Con el transcurrir de los años, el devenir de la vida le cambió al *Negro Gutiérrez* su cancha y sus campeonatos por un puñado de árboles y plantas que él mismo había plantado, regado y cuidado. Infinidad de veces lo saludé al verlo con un balde de agua entre sus plantas y él me devolvió el saludo. Nunca pasamos más allá de eso.

El tiempo pasó y comencé a verlo sentado en el porche de su casa. Estaba en silla de ruedas y le faltaba una pierna. Al frente ya no tenía ni su cancha, ni los pibes, ni sus plantas: imponente y obsceno se levantaba un supermercado.

Un día, al pasar por su calle (siempre vivió allí), sin pensarlo dos veces me acerqué a hablarle. Pese a mis dudas, enseguida me di cuenta de que se acordaba de mí. Charlamos un rato largo y, al despedirme, *el Negro* Gutiérrez me dijo:

—Sea como haya sido, agradece que alguien te regó que, si no, capaz ni estarías acá.

Meses después empecé a notar que el porche de su hogar estaba vacío. Entonces supe que *el Negro* Gutiérrez se había ido, llevándose con él los días de potrero y pelota de mi niñez.





Taiu Braver Iosovich

El Bolsón

Es actor, guionista y productor. Tiene 27 años y reside en El Bolsón. Jugador de fútbol desde siempre, tuvo que abandonar por lesiones. Sigue siendo hincha del club Güemes.



El Pasadore

El Bolsón, Río Negro. El sol pega como los empeines sobre las canilleras de cartón que me hizo mi vieja. La cancha, un mapa. Lo importante: estar ubicado, esperando la estrella redonda de este cielo llamado fútbol, que se juega en el barrio Los Nogales.

La pelota fugaz se me escurre entre los botines de lona. Dieciséis muchachos le picamos detrás. Ahí estoy yo: doce años, menudo, veloz y temeroso. Voy y vengo sin parar con fe de meter mi primer gol.

Día otoñal; debutó de titular contra el club Los Nogales en lugar de Feli Pasadore. Es mi barrio, pero juego de visitante y contra compañeros de escuela que me trompean. Con ellos no se puede joder, ni jugar. En especial con el Fer, un chanchoso que pone las reglas, y yo, por las dudas, callo.

Primer tiempo, la bocha transpira, un partido más de la Liga de Fútbol Infantil de La Patagonia, que se siente como una final del mundo. Mi papá, a la sombra de



un nogal, me ve jugar por primera vez; distingue el 16 en mi pequeña espalda que corre sin descanso.

Hasta un cóndor mira el partido. Llega un buscapiés áspero, la redonda saca chispas en el potrero. Recibo el cuero en el área imaginaria. Encandilado de nervios, meto la pata bien y, con un roce, ¡emboco! Festejo: ¡mi primer gol y de zurda!

Mi capitán grita: “Seguimos cero a cero”. Pasan los minutos. El Fer, que topa

cual jabalí, empata de cabeza y festeja hacia mis ojos, imponente.

Último minuto, partido trabado, cambio: Pasadore ingresa, pero no me sacan. Contrataque. El Feli la recibe en el mediocampo, con los mejores cerca, me mira a lo lejos y la pasa. La caprichosa cae a mis pies en la medialuna del área.

Miro la montaña, respiro con el cóndor; aguerrido, desenfundo la derecha. La pelota desgrana el viento en cámara lenta hasta entrar a velocidad de la luz por el ángulo, cual estrella fugaz a agujero negro. La cancha grita: “¡Gooooo!”.

Mi papá sacude el nogal y caen las nueces maduras. Pasadore me carga y alzo mis brazos como si no hubiera tierra.

Pitido final. ¡El Club Güemes gana! Alcanza para el anteúltimo lugar del torneo, pero a mí me sobra para volver a jugar en la escuela.





Dardo Ángel Buonaventura

General Conesa

Tiene 61 años y vive en General Conesa. Fue jugador amateur de fútbol, además de hincha, y su compromiso con esta disciplina lo llevó a ser ayudante de campo, técnico y dirigente, además de integrar comisiones y subcomisiones de clubes en su localidad.



Imprevistos en el verano del 84

En pleno verano, allá por febrero de 1984, en Colonia Santa Teresita (de General Conesa) se disputaba la copa organizada por el equipo de dicha colonia, donde todos los partidos se jugaban en una sola cancha. En este caso, era en el predio que estaba al lado de la “Escuela de Chader”, como se conocía a la Escuela Primaria N° 106.

En una de esas tardes tórridas en las que el calor sofocaba, ocurrieron algunas situaciones inusuales que atrasaron los horarios.

La primera de ellas se dio mientras se jugaba uno de los encuentros, cuando el conductor de un auto Ford color negro (modelo 54, de aquellos que tenían forma redondeada y mucho peso)

fue a estacionar frente a la cancha y, desesperando, notó que no tenía frenos. Ante la mirada atónita de los presentes, el auto se metió adentro de la cancha, llevándose puesto el alambrado con postes (eran alambrados perimetrales de dos hilos).

No hubo que lamentar heridos, pero sí detener el partido hasta que los jugadores sacaron el auto de la cancha.

Luego, en el partido de Villa Arana contra Santa Teresita, un jugador rival pateó al arco y la pelota salió muy desviada por sobre el travesaño, tan alta que fue a parar a los álamos, donde quedó enredada. No había otros balones, así que todos los jugadores tuvieron que practicar tiro al blanco con piedras para bajar la pelota de la alameda, hasta que uno con buena muñeca la bajó y el partido se pudo reanudar.

Al rato, en el mismo partido, nuestro arquero, Luis Assef, apareció en el medio de la cancha: se había colgado del travesaño de madera y lo había quebrado, viniéndose abajo, por lo que otra vez se detuvo el encuentro. Hubo que buscar un palo parecido y un par de escaleras cosecheras y santo remedio: con el arco arreglado, el accidentado partido pudo continuar hasta el pitido final.





Germán Enrique Burgos

El Bolsón

Es docente en El Bolsón y maestrando en Humanidades Digitales. Tiene 55 años y es hincha de Argentinos del Norte, de General Roca, ciudad donde creció.



Todo está guardado en la memoria

Hace poco, mi hija María me regaló una frase antológica: uno se va del barrio, pero el barrio no se va de uno. Y lo siento totalmente así. Siento el orgullo del lugar donde nací, de mi apreciado barrio Tiro Federal y sus calles de tierra, de la cancha de Argentinos del Norte, de mi querida calle Don Bosco, del Centro de Atención Diurna. Y siento el orgullo de mi gente: mis hermanos, los amigos que aún están a mi lado y los que recorren otros rumbos pero conservo en mi memoria, mi familia de sangre y la del corazón.

Hay recuerdos que llevo grabados en el alma. Uno de ellos es del 26 de septiembre de 1980. Yo tenía nueve años y junto con mis hermanos, Roque y Sixto, y mi padre, Leonardo, caminamos hasta el estadio Luis Maiolino para ver jugar al Deportivo Roca contra Argentinos Juniors, que contaba entre sus filas con Diego Armando Maradona. Crecí a media cuadra de la cancha de Argentinos, pero no podía no ir a ver al Depo: íbamos por Diego, como tanta gente ese día. La cancha estaba llena.

No me voy a olvidar nunca. Había un clima especial, tal vez porque yo no había ido muchas veces a la cancha o porque todos sabíamos que estábamos por ver algo único. Recuerdo la alegría de estar ahí con mis hermanos y mi viejo, los cuatro juntos caminando hacia algo que, no sabíamos, iba a quedarnos grabado para siempre.

Diego entró en el segundo tiempo. Nosotros teníamos las que, creo, debían ser las entradas más baratas: estábamos parados detrás de uno de los arcos, agarrados del alambrado. Los jugadores del Depo trataban de jugar de igual a igual, pero Diego era otra cosa.

En una de las jugadas, se viene por nuestra derecha, va dejando atrás a los rivales y, cuando el arquero le sale a achicar, Diego se la pica por encima, la pelota lo pasa y pega tres veces en el travesaño, como dando saltitos, antes

de caer fuera de la cancha. Sentí algo que nunca había sentido: gritamos, vitoreamos, toda la cancha se puso de pie para ovacionar a quien sería el más grande de la historia.

Con los años entendí que lo que sentí aquella tarde no fue solo admiración por un jugador. Fue reconocermé en alguien que venía de abajo y nunca se olvidó de los suyos. Diego siempre se paró del lado de los más humildes, siempre prestó su voz a los que no tienen micrófono.

Eso es lo que me queda grabado: la pelota picando en el travesaño y la esperanza de que, del potrero más olvidado, puede salir alguien que le cambie la vida a un pueblo entero.



**Fausto Gabriel Casanova**

General Roca

Vecino de General Roca, es periodista. Tiene 27 años. Fue jugador y comentarista, y se autodefine como un "observador de las cosas que pasan en nuestro fútbol".



El golazo del hijo del taxista

“Debutó con un gol en primera y le dio la victoria al club de sus amores”. Esta frase podría ser el titular de un diario deportivo o, simplemente, la que se repite en el sueño de cada chico que desea ser jugador de fútbol.

Dicen que los sueños se cumplen cuando se desean mucho. Por eso, en esa noche invernal que caía sobre el norte de

la Patagonia, Geremías llevó sus botines a la cancha pese a no estar convocado.

El club Fernández Oro jugaba una instancia decisiva por el pre-Regional, un torneo que está un paso por encima de la habitual Liga Confluencia que juegan los clubes del Alto Valle. El rival era Pillmatun, de Cipolletti, y se jugaba en cancha neutral, por lo que ambos

equipos viajaron a Allen para disputar el encuentro en la cancha de Unión Alem Progresista.

En esta etapa previa para jugar el torneo Federal, los equipos tienen que jugar entre semana porque los fines de semana siguen con su actividad normal en el torneo de la liga local.

Los jugadores llegan bastante golpeados a este tipo de partidos porque trabajan durante el día y porque el tiempo de recuperación entre partidos es poco. Son momentos donde aparecen las molestias musculares.

Esa noche comenzaron en la entrada en calor. El olor a átomo perfumaba el vestuario. Durante los ejercicios finales del precalentamiento dos jugadores quedaron afuera: un titular que andaba un poco apestado y otro que no tuvo el alta médica de su lesión en la rodilla.

Era un problema para el cuerpo técnico, que buscaba soluciones inmediatas. En la tribuna estaba un pibe de la reserva acompañando al equipo: Geremías Padilla, el hijo de un taxista de Fernández Oro. El joven todavía no había pisado el campo con el primer equipo de la ciudad. Hasta ese momento, era el encargado de cebar los mates.

—Gere, ¿trajiste botines?, ¿estás para jugar? —le preguntaron los profes.

Claro, el pibe no había sido convocado, pero, por esas cosas de la vida, hizo lo que hacía cuando era chico: iba a la cancha con los cortos puestos para

jugar sobre el costadito con sus amigos mientras jugaba la Primera.

Fue a alentar, pero llevó también el bolso con los botines, las canilleras y las medias cortadas que se usan ahora. “Había que apoyar al grupo”, contaría después en una entrevista radial, “de casualidad me había llevado las cosas, por las dudas, como una corazonada”.

Fue así que Gere se sumó al banco de los suplentes. En el mundo del fútbol se sabe que ir al banco no es sinónimo de tener tu primer partido en Primera. Se tienen que dar, además, las condiciones.

Esa noche el partido estaba apretado, trabado. Empezó ganando Pillmatun, luego lo empató Fernández Oro. Ya en el segundo tiempo, el equipo contrario al de Gere se puso 3 a 1 y estaba con ventaja numérica porque habían expulsado a un jugador rival.

A los 87 minutos de juego era imposible la hazaña. El trueno verde tenía dos jugadores expulsados y estaba a dos goles de igualar el marcador, pero el fútbol no sabe de imposibles y Oro no dejó de buscar.

Por esos imprevistos del juego, a Geremías le tocó entrar. Una situación adversa para el debut, pero el joven estaba preparado.

Ya en la cancha, en una de las que tuvo, el juvenil corrió con la pelota en los pies, pisó el área y sacó un remate cruzado que se metió en el fondo del arco para descontar casi en el cierre del partido.

Cumplido el tiempo reglamentario, el árbitro adicionó siete minutos. A los 92 llegó el empate que desató el festejo alocado de todo Oro. Pero la historia no terminaba ahí: al partido le faltaban los penales.

En un clima de máxima tensión, el equipo del hijo del taxista se impuso por 3 a 2 y terminó festejando una clasificación en un partido inolvidable para los amantes del fútbol local.

Los bocinazos que se escucharon esa noche en Oro eran de su padre, quien,

con lágrimas en los ojos, escuchaba la transmisión de la radio.

“No sé si voy a dormir”, dijo Geremías en una entrevista postpartido. Lo que no se imaginaba es que, días después, su historia estaría hasta en los medios nacionales.





Jorge Castañeda

Valcheta

Es un prolífico poeta y escritor; además, es periodista e hincha de Boca. Tiene 74 años. Designado Ciudadano Ilustre de Río Negro, alterna su residencia entre Valcheta y Las Grutas.



El Bambi Flores

En los potreros de Ramos Mexía y de Valcheta (dos pequeños pueblos de la Región Sur) comenzó a tejerse la leyenda de un ídolo del fútbol. No me refiero al gran Oreste Omar Corbatta, todo un emblema de Racing Club de Avellaneda, quien, ya casi retirado, supo jugar en el Club Atlético Tigre de Valcheta, dejando una huella imborrable. No, porque me refiero a otro crack del fútbol argentino que se supo iniciar también en el Club Tigre de Valcheta. Y lo digo con todos los nombres: me refiero a Rubén *Bambi*

Flores, un humilde muchachito nacido en el paraje de Nahuel Niyeu, hijo de un obrero ferroviario.

En su famoso “Poema Conjetural”, dice Jorge Luis Borges que, como Francisco Narciso de Laprida, todos en la vida alguna vez nos encontraremos con nuestro destino, ese al que “nos lleva el laberinto múltiple de pasos que nuestros días tejieron desde un día de la niñez”. Y descubrimos “la recóndita clave de nuestros años”. Esa clave que el *Bambi* Flores, para nosotros Florcita, descubrió

en los potreros de la Línea Sur y que lo supo llevar a descollar en los grandes estadios del fútbol nacional.

Cuentan sus amigos (que supieron jugar en el Tigre glorioso de aquellos años) que, cuando fue contratado por el Club Olimpo, de Bahía Blanca, nació ese apodo, ese mote con el que se lo identifica: *el Bambi*. Porque para los valcheteros, reitero, era Florcita, así, a secas.

Se suele mentar que la muchachada del club bahiense, por su habilidad para manejar la pelota y por ser casi un nene y de físico menudo, lo bautizó con dicho apodo en un homenaje a ese otro grande que fue Eduardo *Bambi* Flores, el gran armador del Club Estudiantes de La Plata, cuando en ese equipo maravilloso jugaban verdaderos grandes, como Madero, Bilardo, *la Bruja* Verón y tantos otros, dirigidos por el maestro Osvaldo Zubeldía.

En aquellos años valcheteros de fines de los sesenta y principios de los setenta, el fútbol local despertaba pasiones enormes y muchas veces descontroladas, dejando muchas anécdotas, algunas graciosas y otras no tanto.

Lo cierto es que la gran rivalidad (como en todos los pueblos y ciudades) era entre los clubes Tigre y Quilmes (hasta en los nombres eran antagónicos), y es de recordar que los clásicos paralizaban a todo el pueblo y eran motivo de chanzas y a veces de agrias disputas entre los simpatizantes y fanáticos de un lado y del otro. Toda la semana se vivía con gran expectativa.

Lo cierto es que el gran protagonista era el Bambi por su gran maestría y calidad en el juego, y tal vez por esas condiciones estaba destinado a jugar en grandes equipos que lo tuvieron como un verdadero ídolo: Tigre, Olimpo, Vélez Sarsfield, Cipolletti, Atlético Regina, Deportivo Roca y Alianza, finalizando su carrera como director técnico.

Lo cierto es que la Línea Sur acunó sus sueños de campeón y las canchas de Río Negro y de Neuquén abrigaron su enorme talento.

Y volvemos a Borges: un día 9 de septiembre de 1979, el querido *Bambi* Flores alcanzó la “recóndita clave de sus años”, su verdadero destino de campeón, cuando Cipolletti perdió 2 a 1 contra Boca por el Torneo Nacional. *El Bambi* Flores le metió un histórico gol olímpico nada más ni nada menos que a Hugo Rolando Gatti en la Bombonera.

Ya retirado y convertido en una verdadera leyenda del fútbol argentino, aquel niño nacido en uno de los más pequeños parajes de Río Negro, Nahuel Niyeu (donde también nació mi madre), alcanzó la gloria de los grandes, el sueño del pibe.

Radicado en sus últimos años en la localidad neuquina de Cutral Co, un día hace algunos años partió de esta vida para jugar al fútbol en los hermosos potreros del cielo de los futboleros.



**Matías Axel Catalán**

Villa Regina

Oriundo de Villa Regina, tiene 26 años y es docente de Lengua y Literatura de Nivel Medio. Hincha del Club Atlético Regina desde pequeño, heredó la pasión de su padre, quien lo llevaba en bicicleta a ver los partidos.



Es una tarde especial

Gran parte de Villa Regina estaba expectante ese 4 de diciembre de 2011. En la cancha neutral de Unión de Allen se definía el campeón del Torneo Clausura de la Liga Deportiva Confluencia entre Atlético Regina (conocido también como el Albo) y Argentinos del Norte, que habían empatado en puntos y debían jugar una final para desempatar.

El Albo no salía campeón desde 1982 y venía de varios torneos en los que había estado cerca. Enfrente se encontraba un oponente con el que se había generado

una fuerte rivalidad por lo que sucedía dentro y fuera del campo cada vez que se enfrentaban.

Desde el inicio del partido, unas tres mil personas siguieron cada jugada con el corazón en la mano. Era un partido de ida y vuelta. Al final del primer tiempo, el Albo ganaba 2 a 1. En la tribuna reginense reinaba una mezcla de ilusión y ansiedad.

Al comenzar el segundo tiempo, Andrade desbordó y asistió a Jara para el 3 a 1. Faltaban menos de treinta minutos. Las expectativas crecían no solo en la

tribuna, sino también entre quienes seguían la transmisión por radio.

La desesperación iba en aumento y Argentinos reaccionó: un tiro libre se clavó en el ángulo y luego, tras un rebote del arquero San Martín, llegó el empate 3 a 3, casi sobre el final de los noventa reglamentarios.

El alargue era inevitable. Los jugadores, exhaustos, debían jugar treinta minutos más. Del lado reginense no podíamos creer que, luego de estar a minutos de la gloria, volviéramos al empate. No nos entraba en la cabeza quedar segundos nuevamente. La ilusión se renovó cuando los equipos salieron nuevamente a la cancha.

Una expulsión en Norte le dio aire al Albo, que dominaba, pero no lograba convertir. El primer tiempo extra terminó sin goles. Quedaban quince minutos. Los jugadores ya jugaban más con el alma que con el cuerpo.

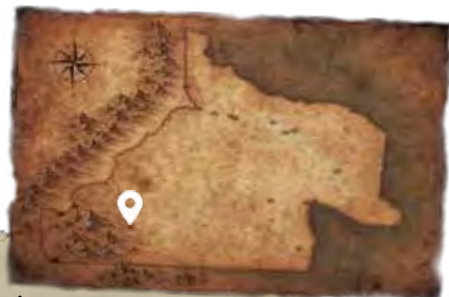
A seis minutos del final, el chileno Andrade marcó el 4 a 3. Fue explosión total. Euforia. Alivio. Fiesta. Y Nazareno Núñez puso el 5 a 3 definitivo, de penal, para desatar el festejo de la multitud. Ya no había posibilidades de quedar subcampeones nuevamente, esta vez no.

El árbitro dio el pitazo final y solo quedó la alegría. La tarde fue azul y blanca. Los jugadores se convirtieron en hinchas, saltando y cantando, y “la 45” se colgó del alambrado para estar lo más cerca posible de ellos. Se dio la tan ansiada vuelta olímpica, que físicamente puede no significar nada, pero simbólicamente lo es todo.

Luego del largo festejo se emprendió el retorno a la querida Perla del Valle. La Plaza de los Próceres se llenó de gente. En pocos minutos se pasó de una tarde tranquila a la euforia del festejo de la multitud. El colectivo con los jugadores llegó y la celebración siguió con ellos: los protagonistas de la hazaña.

“Atlético Regina campeón después de veintinueve años” fue tapa de los diarios y titular en las radios. Todo el Valle, y me atrevo a decir que la provincia entera, sabía del logro conseguido. Aquel día, Villa Regina se tiñó de azul y blanco.





Claudio Córdoba

Ingeniero Jacobacci

Nació en Maquinchao hace 57 años. Actualmente vive en Ingeniero Jacobacci. Jugó para Huahuel Niyeo (1986), de Ingeniero Jacobacci; Sol de Mayo, de Viedma (1988) y para Deportivo Roca (1990). En 1992 regresó a Jacobacci, donde terminó su carrera.



Huahuel Niyeo Campeón Norpatagónico de Clubes

El camino hacia la primera copa Norpatagónica de Clubes se venía negando para la Liga de Bariloche. Durante muchos años hubo finales que solo dejaban bronca y el deseo de volver a intentarlo. De eso se trataba, de no claudicar, de renovar fuerzas y volver a empezar porque una nueva edición estaba esperando a la vuelta de la esquina.

Los campeones de los torneos Apertura y Clausura 1993/94 en la Liga fueron Huahuel Niyeo, de Jacobacci, del primero y la fusión Boca-Gastronómico, de Bariloche, del Clausura. Luego se jugó un

petit torneo para definir quién sería el representante natural de la Liga.

Huahuel Niyeo ganó ese *petit*. En la ida, que se jugó en San Carlos de Bariloche, los jacobaccinos ganaron de visitante por 1 a 2. Los barilochenses salieron victoriosos en la vuelta como visitante, por lo que fueron a definición por penales, donde los locales finalmente se impusieron.

La primera semana de enero de 1995 se llevó a cabo la Copa de Campeones en San Carlos de Bariloche, en la que participaron equipos oriundos de La

Pampa, Neuquén, Esquel, Río Colorado, Viedma y Carmen de Patagones, todos con la mirada puesta en llegar a la final. A esa instancia accedió Huahuel Niyeo al ganarle a Jorge Newbery por 5 a 0.

En el partido de la otra semifinal se enfrentaban Belgrano (de La Pampa) y Don Bosco (de Neuquén), quienes empataron en cero en el tiempo reglamentario, por lo que fueron a definición por penales. Finalmente, Belgrano venció por 4 a 2.

Mucho público acompañó cada uno de los encuentros disputados y lo mismo sucedió en la final entre Belgrano y Huahuel Niyeo, donde quedó lo mejor para los minutos finales. A los cuarenta minutos del segundo tiempo, Belgrano se puso en ventaja con un gol de tiro libre. Los jacobaccinos salieron a “echar el

resto”: esos últimos cinco minutos fueron cruciales. Con garra, pasión y coraje, los sureños consiguieron el empate en la última jugada. Sonaba a hazaña, pero faltaba un poquito. No era otra final más: esta no se podía escapar.

Así fue como, en definición desde los doce pasos, los jacobaccinos, representantes de LiFuBa, se coronaron Campeones Norpatagónicos por primera vez.





Pablo Degliantoni

Viedma

Es de Viedma, tiene 47 años y es realizador audiovisual. Actualmente, trabaja en la Universidad de Río Negro. Es hincha de Defensores de Viedma.



El Mundial más corto del mundo

Yo tenía once años cuando juramos, en el barrio América de Viedma, que también íbamos a jugar un Mundial. Era Italia 90 y cada casa transpiraba fútbol. Los televisores rugían con el relato de Víctor Hugo, las mamás gritaban desde la cocina: “¡Gol de Camerún!”, y nosotros, con las rodillas siempre raspadas, no íbamos a quedarnos afuera.

El escenario era el playón del barrio, un lugar mítico. Una mitad era de cemento rajado, donde la pelota corría a toda velocidad; la otra mitad, de piedra y yuyos,

convertía en un desafío cualquier tipo de control sobre el balón. Los arcos, torcidos por los vecinos que se colgaban solo por jugar, no formaban ángulos de noventa grados ni por casualidad y las líneas de cal nunca existieron más allá de nuestra imaginación. Sin embargo, para nosotros era el Olímpico de Roma.

Los equipos se formaron a los gritos, como siempre.

El Tuquí se pidió Brasil porque decía que jugaba como Pelé, aunque apenas sabía dar un pase corto. El Mota eligió

Alemania: su especialidad era patear sin mirar y, si te cruzabas, te dolía más que un *foul* de Kohler.

El Rata se resignó a Camerún, aunque igual le gustaba Ruggeri. Con sus zapatillas Flecha, sobrevivientes de mil batallas futbolísticas, el Gato eligió Uruguay por la Academia y por Rubén Paz.

El Ruso eligió la Unión Soviética. No había margen para otra cosa. Y el Facha, que se peinaba con saliva antes de arrancar, dijo que era Italia porque le gustaban las cosas “con estilo”.

Fue entonces cuando todos me miraron, asintiendo apenas con la cabeza. Ese gesto era parte de nuestro idioma, el mensaje a decodificar era claro: me tocaba elegir.

Yo también quería jugar con Italia, por la sangre, pero la celeste y blanca me nace sola, como el barro después de la lluvia; así que elegí Argentina: la de Luque, la de Kempes, la de Diego.

Antes de empezar ya discutíamos: que el arco de la izquierda estaba más chico, que el sol daba en la cara, que la pelota picaba mal en la parte de piedra. Pero era el Mundial, no había tiempo para excusas.

—Se juega igual, viejo— decretó el Facha, como si fuera Joao Havelange, y la pelota rodó.

Fue un partido salvaje. En el cemento, la pelota parecía un rayo. En la piedra, salía disparada para cualquier lado. El Tuqui inventaba faltas cada dos segundos. El

Mota gritaba: “¡Manoooo!” aunque nadie hubiera tocado nada. El Gato corría como si fuera Caniggia, pero nunca la pasaba. El Ruso amenazaba: “Si no me dan el penal, me llevo la pelota”. Y el Rata, que juraba ser Roger Milla, corría levantando las rodillas como si fuera más espectáculo que fútbol.

El conflicto estalló con el “gol fantasma”. El Rata juró que la había clavado al ángulo. La realidad: la pelota pasó dos metros arriba.

—¡Golazo! —gritó.

—¡Ni cerca! —retrucó el Tuqui.

El partido se frenó. Hubo gritos, insultos, amagues de piña. Una asamblea de barrio en el medio del playón hasta que el Facha, otra vez, cortó todo:

—El que meta el próximo gol gana el Mundial. Y listo.

La tensión era de finalísima. Entonces llegó la jugada que todavía recuerdo. El Mota recuperó la pelota sobre el cemento, le rebotó en la rodilla y salió disparada como guiada por el destino. El Gato le tiró un barrido y se raspó entero: piernas, torso y brazos; igual no llegó. El Ruso, desesperado, pedía el pase, pero el Mota no escuchó nada y le pegó con todo.

El Pata era el que atajaba. Por la hora, el sol se estaba metiendo detrás de los monoblocks y una rendija de luz lo encandiló. La pelota rebotó en un yuyo, se desvió contra una piedra y entró despacito en el arco torcido. Silencio. Después, el grito. Gol.

No sabíamos bien quiénes habíamos ganado, pero los que pateábamos para allá, ganamos.

Nos abrazamos todos, tirados en el piso, con la tierra en la cara, las rodillas raspadas y la respiración a los saltos. Éramos campeones. El Mundial más corto del mundo, jugado en un solo partido, en el playón del barrio América.

Entonces ocurrió algo mágico: una cámara invisible comenzó a elevarse lentamente desde el playón en un *travelling* ascendente que nos fue dejando pequeños. Desde arriba se veía todo: el playón, sus arcos torcidos, el cemento y los yuyos... y nosotros, tirados, sucios y raspados, festejando.

La cámara siguió en movimiento, flotó entre los tendederos de ropa, que flameaba como bandera, y entró por el balcón al departamento de doña María.

Desde ese palco privilegiado se veía la gloria barrial hecha polvo y sudor.

Sin corte, avanzó hacia el *living*. Sobre una mesa con mantel de hule brillaba un televisor de tubo. La imagen temblaba con intermitentes rayas blancas, pero ahí estaba él, Maradona, puteando a los italianos en la final de Roma cuando silbaron el himno argentino.

El mundo entero quedó en el mismo plano: Roma y el barrio América, unidos por la misma bronca, la misma gloria y la misma pelota.





Javier Epulef

Ingeniero Jacobacci

Vecino de Ingeniero Jacobacci, tiene 42 años y es Licenciado en Ciencias Políticas. Es hincha del Club Deportivo Jacobacci.



Mi viejo y la pelota

“Me voy a jugar a la pelota, después vengo”. Eso le escuchaba decir a mi papá casi todos los días. Tenía cuarenta y algo, en promedio los mismos años que tengo hoy yo. Lo habían echado de Ferrocarriles Argentinos y no sabía qué hacer, pobre viejo.

La plata de la indemnización se había acabado en un abrir y cerrar de ojos,

entonces hacía changas de cualquier cosa: limpiaba patios, hacía veredas, pintaba casas con otro ferroviario que corrió la misma suerte de los despidos en los noventa.

La pelota le daba alegrías, aunque sea por unas horas. Mi vieja renegaba con él más que conmigo: llegaba la noche, yo estaba listo para ir a dormir y mi viejo

estaba casi siempre mirando tele, con la barba de un par de días, el pantalón corto y los botines puestos. Ya no iba a trabajar a las cuatro de la mañana ni volvía tarde con olor a trenes, como los ferroviarios. Las rutinas habían cambiado.

Los pibes del barrio habían adoptado a un veterano al grupo de amigos y lo venían a buscar a mi casa. Golpeaban la puerta, mamá atendía y se escuchaba: “Señora, ¿está su marido?, es para ir a jugar a la pelota”. Y salía mi papá conmigo a la rastra. Volvíamos tarde, íbamos a todas las canchas del pueblo.

Papá era muy bueno jugando a la pelota, todos querían tenerlo en el equipo; era capaz de gambetear a todos los contrarios y hacer el gol. Además, bostero fanático. Yo también lo soy. Siempre me contaba que Boca se lo quiso llevar cuando era pendejo, pero mi abuelo no lo dejó ir y, al poco tiempo, entró al Ferrocarril.

A él le hubiese gustado que yo jugara al fútbol, pero yo era muy malo. No voy a olvidar jamás la cara de mi viejo el día que me vio jugar al fútbol, una cara de

decepción tremenda, tipo: “Juega como el orto este pibe, me lo cambiaron en el hospital”. De reojo yo lo observaba: papá miraba para abajo, puteaba y pateaba piedritas agarrado del alambre en el Estadio Municipal.

Así y todo, me quería. Me amaba con locura, no lo dudo. Cuando salí de la cancha, me abrazó y me dijo: “Hijo, estudiá mucho pero mucho, ¿eh?, por si lo del fútbol no se te da”.

Hace diez años se fue para siempre. Un domingo. ¿Hay un día más futbolero para morir que ese? Falleció cinco días después de que me recibí.

Yo ni intenté ser jugador, claramente. Sí fui a la universidad, como me dijo, y soy el primer universitario de mi familia. Se fue sabiendo eso. Lo último que me dijo fue un “estoy muy orgulloso de vos”. Vivimos ocho mundiales juntos, suficientes para extrañarlo toda la vida.





Mario Figueroa

Cipolletti

Tiene 48 años y vive en Cipolletti, donde se desempeña como docente universitario. Además, es escritor y se declara hincha del club del barrio de su infancia, el Club San Pablo.



El último centro

Hace ya algún tiempo, llegado de la selva chaqueña, apareció por el valle de Río Negro un muchacho desgarrado y misterioso. Nosotros lo llamábamos “el hijo de Sívori”: aunque físicamente guardaba un leve parecido con el mítico emblema de River, lo habían apodado de

esa manera por el dominio que tenía en su pierna izquierda y porque se llamaba Enrique Omar.

El hijo de Sívori fue, en toda la extensión del Alto Valle, el mejor tirador de centros de la historia. Cursábamos sexto o séptimo grado y cada tarde, a la

salida de la escuela, nos juntábamos en la canchita de Independencia y San Martín a jugar.

Mientras nos ordenábamos, tirábamos centros como un juego previo al que cada vez se sumaban más y más desertores de las tareas escolares y de ciertas odiosas labores domésticas. Entonces, beneficiado por la cercanía con la canchita (su casa lindaba con el potrero), el hijo de Sívori se acercaba con pasos tímidos apenas escuchaba los primeros pelotazos.

Esperaba la invitación formal apoyado en un paredón de la última casa, siempre a la sombra y en silencio, hasta que la pelota se iba sin querer para su lado y alguno le gritaba:

—¡Eh, Sívori!, vení a patear, ¡dale!

Entonces el pibe, que era seis o siete años mayor que nosotros, entraba en acción parándose en la esquina del área para tirar los centros con su mejor perfil. Con él, los centros se volvían otra cosa: eran distintos, perfectos, salían combados a la cabeza del que estaba mejor parado. Si eran pasados, caían en la cabeza del último; si eran al primer palo, viajaban para la palomita y el anticipo.

Tan buenos eran los centros que pateaba el hijo de Sívori que nos imaginábamos en el estadio Azteca o en el Monumental. Nos movíamos en el área esperando un centro que nos empujara a la gloria. El pibe acomodaba la pelota con la zurda, caminaba para atrás cinco pasos exactos y, antes de empezar la carrera,

respiraba profundo y miraba el área con el detenimiento de un detective frente a una escena de crimen.

A veces se generaba un clima de tanto alboroto, risas, relatos improvisados y disputas que, cuando el centro terminaba con el cabezazo adentro de la red, todos corríamos detrás del goleador y del pibe que tiraba el centro.

Lo cierto es que, por nuestra edad, todavía nos guiaban las ganas de jugar partidos y eso hacía que, después de un rato y conforme aumentaba la cantidad de pibes, se armara el picado; entonces la cosa de los centros se desdibujaba. Ese era el momento justo en el que el hijo de Sívori desaparecía. Nadie se daba cuenta, pero, sin pronunciar palabra, él se fugaba de la cancha y, cuando nos separábamos en equipos, ya no estaba.

Muchos creíamos que era esa timidez enfermiza la que no lo dejaba pasar de los centros al picado, aunque la mayoría de los chicos le atribuía su retiro a una extraña patología mental que —aseguraban— le había transmitido la picadura de una serpiente en la selva chaqueña. Otros creían haber visto en el patio de su casa un arco pintado sobre el paredón del fondo y que el hijo de Sívori paraba unos maniqués de su mamá modista para tirarles centros en las noches de luna llena.

Yo estaba convencido de que él no tenía interés en el juego más allá de esa sección exclusiva que son los centros. Los que compartimos aquellos primeros

años de amor a la vida y al fútbol nunca pudimos saber si esa precisión, esa magia que tenía el hijo de Sívori para los centros, la tenía también para el juego en equipo.

Algunos años más tarde, *el Gordo* Manossi comentó que jugó un partido con el hijo de Sívori una tarde de abril del 82. Ese día, el país estaba detenido y exultante por el desembarco de nuestros soldados en Malvinas. Había un clima raro y a muchos no nos dejaron salir a la calle en todo el día.

Aquella tarde, según contó *el Gordo*, se armó un picado y, como faltaban muchos pibes, le rogaron al hijo de Sívori que jugara. Aunque se resistió con mil excusas, lograron tenerlo quieto en el medio de la cancha hasta que se movió la pelota. Así fue; al principio costó, hubo que azuzarlo bastante, pero después se fue soltando y solito se ubicó en la banda izquierda del potrero, ahí donde los tamariscos raspaban las piernas.

Manossi aseguró que tuvo su momento de gloria cuando, ya oscureciendo, algún vivo lo cruzó fuerte al borde del área y lo revolcó por la tierra. Sin decir nada, el pibe se levantó, se sacudió el polvo y acomodó la pelota para tirar el centro.

El hijo de Sívori caminó los mismos cinco pasos de siempre hacia atrás, se corrió el flequillo duro y ensayó, por última vez, el gesto misterioso. Después inclinó el cuerpo hacia adelante y, tomando impulso, pateó la pelota con su pierna izquierda con tanta sutileza que el balón hizo un

zumbido extraño y cayó en la frente del *Piojo* Siracusa, que lo empujó al arco.

Según Manossi, ese fue el último registro que tuvo del hijo de Sívori. Mientras todos corrían detrás del Piojo para abrazarlo, el Gordo alcanzó a ver cómo dos policías bajaban de un auto y se llevaban a los tirones al hijo de Sívori, aprovechando la penumbra que crecía en el barrio.

Tiempo después nos enteramos de que lo habían mandado a las islas porque tenía edad para la colimba. Cuando la guerra terminó tuvimos la esperanza de volver a verlo, pero eso nunca pasó.

Al poco tiempo, los padres de él se fueron del barrio y nosotros alcanzamos a ver que subían al camión de la mudanza unos maniqués con manchas de barro en la frente. La vida siguió, crecimos y, cuando de tanto en tanto alguien metía un centro como la gente, nos reíamos y nos mirábamos porque sabíamos que entre nosotros andaba el alma del hijo de Sívori.





Osvaldo Soriano y mi viejo

Entre la literatura futbolera y argentina, hay un cuento de Osvaldo Soriano con el que me pasó algo extraño.

Antes, mucho antes de dar con “Gallardo Pérez, referí”, me había llegado de boca de mi padre la historia que se narra en ese cuento, pero sin que existiera posibilidad alguna de conexión entre el escritor y mi padre.

En realidad, la historia se repitió en muchas oportunidades, especialmente en ciertas fiestas familiares, tardes de verano con vermouth en el patio, al aire fresco que entregaba la parra de la casa de la calle Piedrabuena.

Mientras nosotros merodeábamos con primos y amigos, escuché varias veces a mi padre narrar sus desventuras en el

equipo de Confluencia en su adolescencia y siempre caía en aquella memorable tarde en la que ganaron un campeonato en Barda del Medio.

Sabrán ustedes que, en la concepción del imaginario futbolero de Soriano, la descripción del fútbol chacarero adquiere una relevancia importante. Justamente es en Barda del Medio, este perdido pueblo del norte de la Patagonia (como le gustaba decir al escritor), donde se sitúan, además de “Gallardo Pérez, referí”, otros cuentos memorables, por lo que es presumible que Soriano —en el tiempo en que vivió en esta zona— haya asistido con frecuencia a la cancha de ese lugar.

Mi padre contaba cómo Confluencia había alcanzado la victoria en un terreno tenebroso donde nadie se animaba a ganar, donde los árbitros no se arriesgaban a cobrar ni un lateral para los visitantes y donde los equipos entraban sin delanteros porque no cabía la posibilidad de un gol.

El punto más álgido del relato se desataba cuando mi padre (que jugaba de 8), a minutos del final y con el partido empatado, rompía la línea de los últimos jugadores de Barda y se iba definitivamente al gol cara a cara con el arquero.

La descripción de mi viejo era, en ese instante, propia del mimo Marcel Marceau: se paraba, gesticulaba, hacía ademanes; relataba ese tramo de la definición dejando a los ocasionales oyentes prendidos a la tensión del cuento.

Más se acercaba el momento de la definición y más alzaba la voz.

Aparentemente, toda esa situación la había vivido realmente mi viejo jugando para Confluencia. Más de un partido había disputado frente a Barda, pero también habían ganado ahí esa final, con ese gol que él contaba definiendo ante la salida del arquero, metiéndose él mismo en la red para gritarle el gol en la cara a los hinchas de Barda que, del otro lado del alambrado, lo querían linchar.

Fue providencial la intervención de la policía para que salieran de allí con vida, incluido el árbitro, al que le dieron tantos golpes que tuvieron que sacarlo entre varios.

Mi padre agregaba a aquel genial relato un dato que coronaba la hazaña con un inédito giro hilarante. Decía que, en el momento en que él hizo el gol, las mujeres de Barda del Medio levantaron sus polleras, mostrando sus prendas más íntimas, en un gesto que intentaba demostrar toda su furia y su encono.

Lo insólito de esta historia es que, en mi infancia, la escuché una decena de veces contada siempre de boca de mi padre y la asumimos como un relato infaltable en cada asado o en los cumpleaños de quince, cuando los tíos y primos se juntan afuera a fumar y a tomar aire.

Tamaño fue mi sorpresa cuando, después de muchos años, en una biblioteca de mi pueblo encontré el cuento en una vieja edición que recopilaba relatos de fútbol. Naturalmente

me enredé en la lectura de “Gallardo Pérez, referí” y reconocí, en la historia de Soriano, el relato exacto de lo que nos había contado mi padre.

Tal era la similitud que encontré entre ambas historias que, mientras más avanzaba en la lectura del cuento, más se me venían encima las imágenes de mi viejo narrando aquel suceso fantástico, con bermudas y en chancletas, sentado en medio del patio. Si bien no puedo dar fe de la veracidad con la que se manejaba mi padre, sí estoy seguro de que no era un tipo demasiado afecto a la literatura, con lo cual arribé a dos conclusiones.

La primera era que mi padre jamás había leído el cuento “Gallardo Pérez, referí”. Es más; no quisiera ser injusto,

pero tengo mis dudas acerca de si tenía presente quién era Osvaldo Soriano.

La segunda conclusión, más arbitraria y romántica, es que el propio Soriano debió haber sido testigo de aquel partido y de aquel gol de mi viejo que lo llevó a escribir, tal vez, el mejor cuento de fútbol que se haya escrito sobre estas tierras.



**Wilson Federico Garde**

Viedma

Nació en General Conesa y reside actualmente en Viedma. Tiene 41 años y es profesor y bailarín de folklore, estudiante del Profesorado de Historia y policía. Fue arquero de handball y hockey en clubes barriales y de pueblos.

El arco más grande del mundo

En General Conesa, capital de la remolacha azucarera y del calor que raja la tierra en verano, yo tenía diez años y un sueño enorme: ser arquero. Papá andaba lejos, esquilando en estancias patagónicas, contando los días para volver. Mamá nos criaba con amor y coraje, entre ollas humeantes y ropa tendida que flameaba como bandera.

Una tarde me animé y fui solo al Deportivo Conesa, club humilde, sí, pero con esa dignidad que solo tienen las cosas hechas a pulmón. La cancha quedaba cerca del balneario La Ribera, donde un brazo del río Negro se retuerce buscando el mar rumbo a Viedma. Potrero áspero, de tierra dura, con líneas de cal torcidas y un arco de caño que parecía más grande que mis ganas de jugar.

Llegué a pie. Como siempre, traté de que no se me notara la vergüenza cuando entré al vestuario. El partido estaba por empezar y el arquero titular no aparecía. Entonces alguien gritó:

—¡Neneee! ¿Te animás a atajar?

Miré el piso, miré el arco, miré el cielo, como esperando una señal divina que no llegó, y dije:

—Bueno.

Jugábamos de local contra Villa Arana, los campeones. Camisetas relucientes, botines brillantes, pinta de equipo serio.

Por mi parte, yo tenía la teoría; la práctica decidió no acompañarme.

El primer gol me sorprendió. El segundo me preocupó. El tercero empezó a hacerme sospechar que aquello iba a ser largo. Para el décimo ya había perdido noción del tiempo y de mi autoestima.



Terminó el primer tiempo: 0-10. Yo no sabía si era arquero o colaborador estadístico del rival.

En el entretiempo, el técnico me sacó con una palmadita que era mitad consuelo, mitad disculpa pública. Entró el titular (que había llegado tarde), más alto, más flaco y, supuse, más preparado para detener catástrofes naturales. Pero el oleaje siguió. Otros diez. Perdimos 0-20.

Lo curioso es que nadie lloró. Las madres y las abuelas nos aplaudieron igual. Nos dieron choripán y jugo como si hubiéramos ganado la final del mundo. “Ya va a haber revancha”, decían, con esa fe que no entiende de resultados.

Esa tarde comprendí algo sin que nadie me lo explicara.

Porque el arco más grande del mundo no estaba en la Bombonera ni en el Monumental. Estaba ahí, en ese potrero de tierra caliente, donde uno aprendía a quedarse de pie aunque la pelota entrara una y otra vez.

Volvimos a casa con las rodillas peladas, olor a río y veinte goles en contra, pero también con anécdotas que exageraríamos toda la semana. El técnico me puso la mano en el hombro. Una abuela me despeinó como si yo hubiera atajado un penal decisivo. Y por un momento, solo por un momento, me sentí importante.

Esa noche, ya en mi cama, pensé que tal vez no era tan malo. Tal vez éramos malos en conjunto. Y eso tenía una ventaja: desde el fondo, solo se puede subir.

Dormí abrazado a la certeza de que el próximo partido, con un poco de suerte, nos harían diecinueve.



**Martha Edith Garrido****General Enrique Godoy**

Tiene 72 años, es originaria de General E. Godoy. Actualmente, reside en Bahía Blanca. Su familia tuvo un fuerte compromiso con el Club Sporting 13, luego denominado Club Social y Deportivo Godoy, "ya tristemente desaparecido", evoca la autora.

Derrotas que pueden ser mínimos triunfos

Cursábamos tercer año del Colegio Nacional, allá por el setenta, y surgió espontáneamente entre nosotras la idea de practicar fútbol. Germinó y la propusimos en la dirección de la escuela.

El profesor de gimnasia de los varones se transformó en el DT y comenzó a darnos instrucciones. Practicábamos pases, marcaciones, tiros al arco, barreras para los tiros libres, posición para el córner, etcétera, en la cancha de un club con suelo de tierra, arcos reglamentarios y dimensiones también reglamentarias.

La idea se extendió. Se programó el desafío de competir entre escuelas y también se sumaron las alumnas del colegio de un pueblo vecino.

Finalmente, llegó el momento del campeonato, pero también la decepción y la humillación. Ignorantes de toda organización, descubrimos que el piso de la cancha no era de tierra ni de césped: era un piso resbaladizo, con arcos diminutos. Era una cancha de básquet. Por suerte, la pelota era redonda.

“Las jugadoras patinan, se chocan entre sí, se amontonan, no hay juego de equipo, son individualidades tratando de agarrar la pelota y hacer goles”, decía a viva voz el relator, sin micrófono.



Los espectadores, en su mayoría alumnos de las escuelas, proferían comentarios desde su visión ancestralmente machista. No opinaban sobre el juego, sino que destacaban las piernas de unas, las curvas de otras, ocultas escolarmente bajo el guardapolvo hasta ese día.

Perdimos. Ganaron las compañeras del pueblo vecino, paradójicamente dirigidas por una mujer, profesora de Educación Física. Sin embargo, afloró un resquicio que dio luz a la discusión por los derechos de igualdad.

En esos tiempos y en esos pueblos, los roles del hombre y de la mujer estaban bien determinados. Esas osadas adolescentes pisaron un territorio viril de un varonil deporte. Inocentemente, rompieron un molde y, del bochorno de ese día, surgió lo que era indiscutible hasta ese momento. Lo establecido comenzó a resquebrajarse y sembró discusiones, replanteos que se tornaron inquietantes para sus compañeros y para el plantel docente.

Pero no solo se corrió el velo de los derechos de la mujer, sino que el

triunfo obtenido por las alumnas de ese pueblo fue orgullo y satisfacción porque otras cuestiones nos atravesaban. Diferencias competitivas subyacían entre los descendientes de españoles y los descendientes de italianos. De un lado venían efluvios de callos a la madrileña y, del otro, aromas a *spaghettis alle vongole*, pero todo compartido con mate y perfume de manzanas.

Ese resultado futbolístico fue una mínima derrota con visos de mínimos triunfos futuros. Fue una manera de hacer un derrotero de conquistas humanas, también mínimas, como semillero.





**Carlos Aníbal
Herrera San Martín**

Villa Manzano

Reside en Villa Manzano y tiene 64 años. Actualmente está jubilado. Jugador en su juventud, se define como hincha de River Plate y destaca la relevancia del papel que desempeñan los clubes locales como contención para los jóvenes.



Relato de viento

Nunca pudo olvidar sus años en el club y, con el paso del tiempo, su mente fue entrelazando sus historias hasta convertirlas en anécdotas, a veces inverosímiles, que a él le gustaba relatar. Don Heraldo había llegado de Chile en los años treinta. Trabajó un tiempo en las obras del ferrocarril y, más tarde, en las nacientes chacras junto al dique Ballester, impulsadas por el esfuerzo de migrantes españoles e italianos.

Los fines de semana dedicaba su tiempo al fútbol en cualquier canchita donde hubiese torneos populares, hasta que logró ingresar al club Obrero Dique y participar en la Liga Deportiva de la Confluencia, junto con antiguos clubes del Alto Valle, como Cipolletti y Unión de Allen.

El desgaste diario del duro trabajo no era impedimento para, infaltablemente, dirigirse desde el lugar en donde

estuviera hacia la cancha del club. Tampoco lo era el clima, que siempre acompañaba con sus fuertes vientos o con un sol tan abrasador en los meses de verano que obligaba a detener los partidos solo para tomar agua. Algunas veces debió cruzar nadando el antiguo desviador del río, cuando el aumento del caudal del Neuquén hacía necesario moderar su curso.

—Yo era muy rápido, gancho —contaba—, me ponían marcadores por turnos, los iban cambiando cada tanto porque quedaban agotados.

Entre otras cosas, aseguraba que en aquella cancha se había jugado un pequeño mundial y que su equipo, a causa del fuerte viento, tuvo que jugar sin camisetas. También reconocía que el problema de la falta de camisetas era culpa suya:

—Yo corría tan rápido, gancho, que al final del partido solo me quedaban puestos los puños y el cuello; el resto

estaba todo desgarrado y, como era un club pobre, no podían comprar camisetas nuevas.

Ese mundial, decía, terminó con los mapuches como ganadores, ellos fueron los únicos capaces de aguantar la tormenta de tierra que trajo el viento.

Con el paso de los años, su mente se nubló completamente. Algunos domingos su familia lo llevaba a la cancha y siempre se sentaba contra el viento en el mismo lugar. Miraba pensativo cómo los pibes corrían tras la pelota, nostálgico, a veces unas lágrimas mojaban sus mejillas.

—Está llorando, don Heraldo —le decía alguno.

—No, gancho, este viento traicionero me echó tierra en los ojos.





Leandro Andrés Hünicken

Viedma

Tiene 38 años; es biólogo y docente. Actualmente reside en Viedma y juega en el Club Social y Deportivo El Cóndor, en la Liga de Fútbol de Veteranos de la Comarca. Es hincha de Boca Juniors y de la Categoría Novena de la Asociación Civil Deportiva y Cultural de Profesionales de Viedma y Patagones, donde juega su hijo.



Ilusión

Apenas el Bocha pateó el centro, todos supimos que la pelota se iba a ir por la línea de fondo. El lanzador había levantado el brazo antes de patear, gesto universal que indica que la pelota va a ir al palo más cercano, pero la dirección acabó siendo al más lejano. Nadie pudo impedir que el centro alto, llovido, de trayectoria elíptica, se vaya por el segundo palo porque todos los jugadores estaban lejos.

Sin sobresaltos se iba la última chance de un partido sin goles, de la última fecha del torneo de veteranos de la comarca,

entre dos equipos que no se jugaban clasificación ni descenso.

Yo miraba la escena desde el borde del área. Con mi baja estatura era poco probable que cabeceara, así que era mejor esperar ahí un rebote para finalizar la jugada. Por eso, por estar de frente al arco y cerca de la jugada, fui el único que pudo ver, con sorpresa, lo que pasó a continuación.

Aunque una ráfaga de viento levantó el polvo bajo los pies de los jugadores que volvían al trote a sus posiciones y casi me

enceguece, yo vi lo que pasó: la pelota rebotó en la línea y volvió al campo de juego.

No sé si en otros lugares pasa lo mismo, pero acá, en la zona atlántica de Río Negro, muchas canchas se marcan haciendo un surco (con pico o azadita) sobre el cual se echa la cal. Ese surco, a diferencia de la línea convencional, puede cambiar la trayectoria de la pelota, incluso hacerla regresar al campo de juego.

Era mi primer torneo jugando para El Cóndor y eso me desconcertó. Había vivido muchos años en Buenos Aires, donde siempre jugué en alfombra o césped sintético y donde las líneas, que tienen dos dimensiones, no participan activamente del juego. Me costaba acostumbrarme a estas canchas de tierra fina y piedritas, muy irregulares, donde la pelota puede picar para cualquier lado y el viento patagónico es un jugador más. Ahora, encima, la línea agregaba incertidumbre.

Nadie más se sorprendió. El arquero del otro equipo, que iba a buscar la pelota afuera, volvió unos pasos y la tomó mansamente. No se apuró en sacar.

Cuando remató, el árbitro finalizó el partido y yo me quedé ahí, mirando el viento mientras pensaba en que hacía tres años me había ido de Buenos Aires seguro de colgar los botines, pero una extraña elipse me hizo rebotar contra un acantilado patagónico y caí adentro de la cancha para vivir la vieja ilusión de jugar a la pelota un rato más.





Julio Ludman

Cipolletti

Tiene 60 años y reside en la localidad de Cipolletti. Docente de profesión, es también director técnico y preparador físico de fútbol.

La noche es día

Un lunes, martes o jueves de abril la lluvia no es para nada romántica: combinada con el viento, se transforma en afilados clavos que caen en lo más profundo de los huesos y del alma.

Marcos y Emilio tratan de olvidar que están mojados, con hambre, con miedo. Hablan de cosas alegres, de su pueblito, Barda del Medio, ubicado en el norte del valle de Río Negro.

De pronto, la noche se hace día.

Un año antes, el sol de los primeros días de agosto entraba por la única ventana del bar El Dique. Luz y sombra dividen al viejo salón, creando un ambiente donde la fantasía y la realidad juegan en un mismo plano.

En la mesa contra la ventana, dos peones de la chacra Los Morales apuran la segunda botella del vino Misionero Carlón. Los habían mandado al pueblo a comprar unos rollos de alambre en Casa Esteban y aprovecharon para hacer un alto en el boliche.



En la otra mesa, cerca del mostrador, juegan al tute y charlan Juanchi, el Ponja, José Luis y el *Bocha* González; todos jugadores de Obrero Dique, el club del pueblo.

—El domingo tenemos un partido bravo. Nos toca jugar de local con San Martín, que viene invicto. Para colmo, metieron en cana al Mole, que es un arqueroazo

—dice el Ponja mientras orejea los naipes.

—Sí, por hacerse el vivo con la mujer del comisario. ¿Y si lo traemos al Marcos?

Se hace un silencio raro, espeso, incluso el ruidoso motor de la vieja heladera se detiene. Uno de los peones se levanta de su silla y se despacha con una frase que, ante el silencio, parece el discurso de un político buscando votos:

—Marcos es el mejor arquero que tuvo el club, ¡merece jugar!

A los cuatro amigos no les hace falta mirarse; asienten con la cabeza, sin dejar los naipes.

Desde muy temprano hay gente sentada en los tablones de la vieja tribuna del estadio del club Obrero Dique, fundado entre 1910 y 1930 por los obreros ingleses que trabajaron en la construcción del dique Ballester. Esta obra cambió los colores ocres del desierto por el verde, transformando al río en un trozo de cielo caído, con árboles como guardianes.

La cancha está llena, como aquella vez que se pateó el penal más largo del mundo que tan bien narró Soriano. Se dice que, bajo la gramilla del campo de juego, quedaron enterrados restos de la magia del pueblo mapuche. Y sí, algo de eso hay.

Aparecen los jugadores de San Martín vestidos con camisetas celestes y pantalones blancos: parecen la bandera argentina ondulando sobre el verde

del césped. Luego ingresan los locales vistiendo camisetas rojas y negras. El primero de la fila es Marcos, con la pelota apretada contra su pecho por su mano derecha.

Todo el mundo se pone de pie, muchos aplauden, veo algunas lágrimas. *El Cura Berdugo* es el árbitro. No es el curita del pueblo, ¡vaya uno a saber el porqué del apodo!

Suena el silbato y comienza el juego. Quiero ver cómo se las arregla Marcos en el arco del local. San Martín tiene un equipazo, incluso se comenta que todos los jugadores cobran sueldo.

Córner desde la derecha para San Martín, va a patear *Cachavacha* Guiñe, un *wing* izquierdo flaco, rápido y más peligroso que trompada de enano. Desde mi asiento veo que acomoda la pelota para pegarle de chanfle. ¡Lo va a tirar olímpico! Me dan ganas de gritarle, pero tengo un nudo en el estómago, apenas puedo respirar.

Cachavacha le pega al balón, que se empieza a cerrar hacia el segundo palo en su recorrido, varios gritan “¡gol!”, pero Marcos da un paso hacia atrás, vuela con su mano derecha extendida y saca la pelota por sobre el travesaño. La gente, de pie, aplaude y ahora sí veo muchas lágrimas que descienden por las mejillas de los viejos hinchas del Obrero Dique.

San Martín domina ampliamente, dicen que el 10, el *Colorado* Trillo, jugó en Quilmes. Tira una pared con el *wing*

derecho e ingresa solo al área del local, sale al cruce el último hombre de la defensa, José Luis, y pasa lo que tenía que pasar: el José le pega una patada a la altura de la rodilla.

Penal para San Martín y amarilla para el defensor. Al Colorado lo sacan en una puerta. Sí, leyó bien: en una puerta donada por el Pelusa, un vecino. En Obrero no hay camilla, ¡mucho menos camioncito!

Volvamos al juego. Todo está preparado para patear el penal, pero pasa algo inusual: ningún jugador de San Martín quiere patear. Después de varios minutos toma la pelota el central de los visitantes, *Pepe Romero*. *El Cura Berdugo* suena su silbato, Pepe avanza hacia el balón y le pega muy fuerte al palo izquierdo. Al mismo palo se tira Marcos y, con su mano derecha, saca la pelota al córner.

Se me hace difícil describir lo que pasa en las tribunas: ¡los viejos lloran, las mujeres se abrazan, los pibes saltan! Pero el partido sigue, *Cachavacha* toma el balón, elude al *Ponja* y desborda por el costado derecho; antes de llegar al fondo, saca un centro perfecto al corazón del área. Sale Marcos y descuelga el balón con la mano (mejor que Amadeo Carrizo,

en mi opinión, a quien veíamos solo por fotos en la revista *El Gráfico*).

Es demasiado para mí; bajo de la tribuna y camino a la vera del canal mayor, rumbo a mi casa.

Dos de abril de 1983, dos soldados clase 63.

La lluvia no es para nada romántica: combinada con el viento, se transforma en afilados clavos que caen en lo más profundo de los huesos y del alma.

De pronto, la noche se hace día. Una explosión seguida de dolor y muerte.

El misil inglés impacta en la posición de Marcos y Emilio, los dos pibes de Barda del Medio. Marcos corre a socorrer a su amigo; lo encuentra muerto. Igualmente intenta levantarlo, pero no puede: Marcos se sorprende al descubrir que le falta su brazo derecho.





Municipalidad de Río Colorado
Yesica Prado

Río Colorado

Representante del área de Cultura de la Municipalidad de Río Colorado, explicó que el relato publicado aquí es producto de un proceso de escritura colectiva: se reunió un grupo de empleados y empleadas, compartieron varias anécdotas, seleccionaron una y trabajaron juntos y juntas en la redacción para esta convocatoria.



El Grandote y el Mundialito que nunca fue

Río Colorado cuenta con un entramado institucional muy rico y diverso. Quizás por las distancias respecto a otras localidades de la provincia, que dificultan la complementación, la ciudad desarrolló instituciones propias en todos los campos: cooperativas, cámaras, asociaciones, clubes y hasta cajas de crédito.

En Río Colorado el fútbol es mucho más que un deporte: es una forma de vida, una pasión compartida que atraviesa generaciones. En esta ciudad chica, donde todos nos cruzamos a diario, la rivalidad dura apenas noventa minutos.

Después, el trabajo y el compromiso de sostener a los clubes nos unen.

Hoy la ciudad cuenta con siete clubes activos: Club Atlético Río Colorado, Club Barrio Unión, Club Atlético Defensores de Buena Parada (ubicado en el barrio fundacional de la ciudad), Defensores de la Colonia (ubicado en la Colonia Juliá y Echarren), Club Atlético Juventud Unida, Club Deportivo Independiente y Club Deportivo y Cultural Villa Mitre.

De esos clubes han surgido cientos de historias, algunas con gloria, otras con esa ironía que solo el fútbol sabe regalar. Como la del Grandote, aquel pibe

fortachón que jugó toda una temporada en Villa Mitre presentando un carnet provisorio. En cada partido repetía la misma excusa: que había extraviado el DNI, que lo estaba tramitando, que pronto llegaría.

Nadie quiso arruinarle la ilusión. Partido tras partido fue el as de su categoría, llevándose todos los aplausos cuando jugaba como local en la cancha El Salitral. Así trascurrieron los meses hasta que llegó el Mundialito, donde no había margen de maniobra: sin DNI no había juego.

El gran rival a vencer en el torneo era Independiente: el Diablo Rojo siempre armaba equipos competitivos para cada edición del Mundialito y era número puesto en las instancias finales, compitiendo mano a mano con equipos de otras ciudades, incluso chilenos y brasileros, que llegaban hasta Río Colorado para participar de la competición.

En Villa Mitre se tenían fe: con este equipo, y sobre todo con la ventaja de contar con el Grandote entre sus filas, podían dar la pelea. Llegó el día de presentar la documentación de cada jugador y la verdad salió a la luz: el Grandote no era de Octava, como todos creían, sino de Sexta. Más grande, más fuerte, más pícaro.

La noticia fue un baldazo de agua fría: ese día, el sueño de jugar el Mundialito se le escapó al Grandote de entre los dedos. Además, para el conjunto, las posibilidades de hacer un buen papel en el torneo ya no eran las mismas sin él, por lo que el ánimo del plantel estaba por el piso.

Entonces la dirigencia del club decidió acompañar la frustración de otra manera: renunció al campeonato y llevó a los chicos a conocer el mar en San Antonio Oeste. “Fue la mejor inversión que pudimos hacer desde una perspectiva social”, recuerdan hoy los viejos de Villa Mitre. Para muchos gurises, aquel viaje quedó en la memoria como la primera victoria importante: atravesar el árido monte y descubrir que el horizonte no terminaba en el río Colorado.

Pasaron los años y el fútbol siguió trenzando alegrías y desengaños. La vida, dicen, siempre da revancha, pero, en Río Colorado, esas revanchas suelen llegar con el silbato atragantado.



**Fabián Alberto Olguín**

Ingeniero Jacobacci

Tiene 47 años, reside en Ingeniero Jacobacci. Fue jugador de fútbol y, actualmente, es dirigente de Huahuel Niyeo, del cual también es hincha. Además, fue director técnico de fútbol infantil.



"Sacame una foto, Fabi"

Y claro que sí, cómo no te voy a sacar una foto a vos, Cabezón, justamente a vos que tantos años estuviste de este lado del alambrado, trabando con la cabeza para defender estos colores; cómo no te voy a sacar una foto a vos, uno de los cuatro correntinos más jacobaccinos que conozco.

Viniste a Bariloche a hacer la colimba hace más de cuarenta años y, casi sin querer, empezaste jugando en Huahuel y terminaste quedándote en Jacobacci. Adoptaste estos pagos y estos pagos te adoptaron a vos, y con vos terminaron

viniendo los otros tres correntinos más jacobaccinos que conozco: tus hermanos Pachino, Caracol y el *Gordo* Ramón.

Cómo no te voy a sacar una foto si te veía jugar de chico acá, en el municipal, y algunas veces viajé a Bariloche para ver jugar a Huahuel y también te vi allá. Cómo no te voy a sacar una foto si justamente vos sos un ejemplo de lo que el fútbol le puede cambiar la vida a una familia entera, de que ser exitoso en el fútbol no es ser millonario, porque vos ganaste mucho con el fútbol, pero ganaste todas esas cosas que no se



compran ni se pueden pagar con plata: la amistad, el cariño, el respeto tanto de tus compañeros como de tus rivales y, por qué no, también los gritos de las hinchadas ajenas.

Gracias al fútbol hiciste tu vida acá, y también tus hermanos. ¡Mirá si el fútbol no le cambia la vida a las personas!

Hoy estás del otro lado del alambrado, con el sentimiento intacto por esta camiseta y gritando como un hincha más, alentando a nuestros leones y también puteando a los jueces, esos que, para los ojos del hincha, nunca van a ser justos en sus fallos.

En fin, las vueltas de la vida, esas mismas que te hicieron aterrizar aquí, con el tiempo te llevaron a Bariloche, pero siempre estás presente. Ahora sos técnico, pero tenés la 9 tatuada en la espalda.

Cómo no voy a sacarte esa foto abrazado con Oscar, el Cari —otro que lleva a Huahuel en el medio del pecho—, cómo no sacarte esa foto si es tan lindo verte de ese lado, Cabezón.



**Martín Eduardo Otero**

Sierra Grande

Tiene 51 años, vive en Sierra Grande. Es empleado de Aguas Rionegrinas, relator, locutor y periodista. Fue el primer presidente del Club Defensores del Hierro y entrenador en tres clubes. Es hincha de Independiente de Avellaneda.

Paisajes de gol

Señoras, señores, desde la tierra donde nace el sol, somos La Selección en el fútbol de veteranos, con los comentarios de Héctor Blanco, la locución comercial de Raúl Chávez y, mi nombre, Martín Otero.

Aferrados a la pasión que nos genera, nos embarga y nos envuelve al relatar fútbol, abrazados al maravilloso entorno natural, estamos desde el estadio Oscar Acosta, ese gran ser humano y director técnico serrano tan recordado y querido. Es Sierra Grande, patagónica su tierra junto al golfo, es bendición; mi pueblo, la capital eterna del hierro, de marineros navegando con valor la ola de los tiempos.

Allí, pura, nítida y triunfal, en el medio del campo de juego, ya está la pelota. Querido comentarista Héctor, ¡saque una hoja en blanco porque comenzamos a escribir la historia del partido!

Rueda la pelota sobre el imaginario verde césped, Mercado entrega la pelota al ras del piso para Torres que vuelca al sector derecho para Medina, el parrillero del pueblo; controla y cruza el círculo central jugando la pelota para Airalde que, siguiendo los pasos de su padre, carga y vende garrafas a la vera de la ruta; pelota puesta en profundidad a la carrera del flaco Otero que es un avión, entra al área, le pega de zurda por arriba del travesaño



y allí va la pelota, alta en el cielo como un águila guerrera; fue a parar al valle, el río, la estepa, los Andes... La pelota se pierde entre la jarilla autóctona.

En nuestro maravilloso suelo, custodiado por majestuosas montañas, Chirino lleva la pelota, remata al arco y... ¡ataja Capomagi!, quien, con la mano enguantada, se arqueó sobre el palo izquierdo.

Nuestras canchas son el corazón del pueblo, donde la comunidad se reúne para celebrar el fútbol y, con él, la vida. Todos imaginan, sentado en el banco, al histórico director técnico Antonio Negro Muñoz, quien dejó una huella imborrable en la historia de nuestro fútbol y en estos veteranos.



Aquí, mientras tanto, el fútbol se sigue jugando con movimientos y goles inolvidablemente sobredimensionados. La radio suena en la tribuna, en cada hogar y en todo el pueblo. El viento lleva el olor a la sal del mar y el sol se refleja maravillosamente en las montañas. La tradición futbolera y la belleza natural se funden en el amor por la pelota.

El árbitro marca el final del partido y Somuncura se lleva un triunfo radiante. Ustedes lo vivieron con nosotros porque, con el equipo de La Selección, lo relatamos bajo el auspicio benigno de Dios.





Nazareno Pierucci

Cipolletti

Tiene 47 años, es empresario del rubro eventos en Cipolletti, su ciudad natal. Jugador amateur e hincha fanático del Club Cipolletti, su hijo juega en las formativas de esa institución, renovando el fuerte vínculo entre su familia y esta disciplina deportiva.



Los Manzanos para siempre

Jugábamos en un equipo sin nombre y sin camisetas, pero con un sueño más grande que la cancha. En 1997, el Larrón, el Negro y yo (el Hormiga) hicimos alfajores de maicena y los vendimos por encargo. No juntamos mucho, por lo que compramos lo que pudimos: camisetas rojas con tres líneas blancas en los hombros, espalda blanca, número negro. El sacerdote del colegio nos regaló los pantalones y las medias.

Así nació Los Manzanos, que se enfrentaría a Los Naranjos. Competimos en el torneo 300 For Ever. Luego nos separamos. En 2011, ya adultos, volvimos

con las camisetas como queríamos, más panza, menos pelo y la misma pasión.

En 2020 se fue el Larrón. Y aunque el equipo sigue y yo hoy no juegue, cuando veo a Los Manzanos entrar a la cancha lo veo a él, con su camiseta roja, corriendo entre recuerdos.

Porque hay partidos que se juegan para siempre.

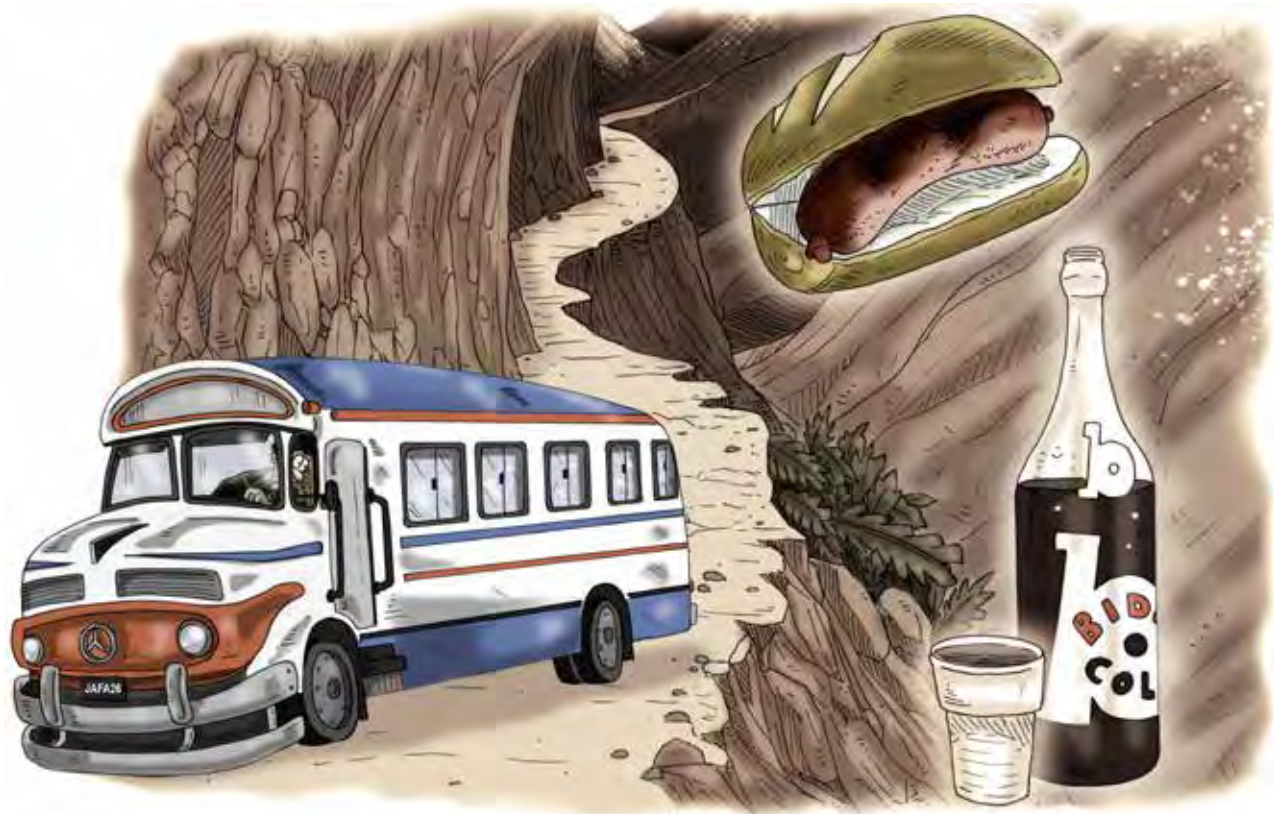




Enrique Oscar Pino

Dina Huapi

Tiene 64 años, reside en Dina Huapi. Trabajó en LU8 y Radio Nacional desde 1979 a 2018 como locutor y operador, donde participó, además, del programa Tribuna Deportiva. También es autor del libro *Sueños de pibe. La historia de LU 8 Radio Bariloche*, declarado de Interés Cultural, Histórico y Social tanto por el concejo Deliberante de Dina Huapi como por la Legislatura de la provincia de Río Negro. Es hincha del Club Independiente de San Carlos de Bariloche, su ciudad natal.



Recuerdos de domingo

“Tengo la nostalgia de un domingo por llover”, reza la canción del magistral Víctor Heredia. La escucho e inmediatamente afloran en mí recuerdos, imágenes y hasta algunos sonidos que parecían olvidados. Por un momento vuelvo a estar situado en la esquina de Gallardo y 9 de Julio. Allí, en un abrir y cerrar de ojos, me encuentro parado frente al viejo acceso de vehículos del estadio municipal de Bariloche.

Gran parte del público ingresaba en su automóvil y se estacionaba a la sombra

de los gigantes pinos mirando hacia la cancha. Dos tribunas de madera a los costados de la construcción principal daban hacia la calle Tiscornia. Una era pequeña; la otra, más grande, estaba en el límite con el corralón municipal de calle Rivadavia y, por algún “problemita técnico”, se había desplomado el día que se inauguró el estadio, allá por los años cincuenta.

No faltaban los choripanes y las cosas dulces. Los adultos, mate en mano dentro del auto; mientras los chicos

degustábamos una burbujeante Bidú Cola, Gini o Crush, o tomábamos el agua de la canilla del estadio que, créanme, sabía más rica que la de casa.

En esta pintura imaginaria dos personajes vuelven a mi recuerdo. Primero don Carter y, años después, don Inalaf, los cancheros, quienes vivían en el mismo estadio y se esmeraban para que todo estuviera perfecto los días que había partidos oficiales. Aplanadoras, carretillas, palas y regaderas —con las que se pintaban celosamente derechas las líneas de cal— formaban parte del paisaje. Por su parte, el campo de juego, de tierra, era prolijamente regado por un camión municipal.

Alguna vez, ya entrado el otoño, viajamos a El Bolsón para disputar un partido con el equipo local, El Refugio. Ir a esa localidad de la comarca andina tenía siempre un sabor especial que comenzaba ni bien pasábamos el cerro Ventana. La ruta 258, tan peligrosa como encantadora, imponía un desafío especial para el chofer de aquel colectivo Mercedes Benz, quien debía realizar arriesgadas maniobras en el mismísimo cañadón de la Mosca.

Como mi edad no daba ni para jugar en Quinta División, mi objetivo era otro: divertirme. Todavía guardo en mi mente el repiquetear de las nueces golpeando sobre el techo del colectivo al sacudir los nogales en el ingreso a El Bolsón. Las juntaba en una bolsa de arpiller para comerlas en casa.

Por aquel entonces eran otoños en los cuales llovía mucho y, cuando llegábamos a destino, finalmente el partido se suspendía, debiendo regresar el próximo domingo. Esto resentía aún más las alicaídas arcas del club, ya que se debían afrontar nuevamente los costos del viaje. La situación parecía no importarle al puñado de dirigentes, quienes lo volverían a intentar cuantas veces hiciera falta.

En la cancha los jugadores lo dejaban todo. La camiseta y los colores del club se defendían a puro orgullo. Algunos habían finalizado su jornada laboral en la madrugada del domingo y se subían al micro para viajar y disputar el partido; y algunos otros, los menos, salían de algún baile presurosos para iniciar el viaje.

De los setenta, lo que más viene a mi memoria son los viajes, ya que los equipos barilochenses se enfrentaban a Huahuel Niyeo de Jacobacci, El Refugio y Martín Güemes de El Bolsón, a algún otro equipo de la ciudad neuquina de Villa La Angostura y, más adelante, al Deportivo Alicura.

Ser dirigente por aquellos años significaba un gran esfuerzo. Sacrificar tiempo y dinero eran dos cosas que no podían faltar para aquellos que se animaran a estar en una comisión (sinceramente, no creo que haya cambiado mucho hoy en día).

Independiente, Alas Argentinas, Boca Juniors, Estudiantes Unidos, Obras Sanitarias y el Club Atlético Belgrano (este último integrado principalmente de

gendarmes) libraban verdaderas “batallas futboleras” en el municipal de Gallardo y 9 de Julio.

Allí estaba la única radio local presente transmitiendo: LU 8 Radio Bariloche y su equipo deportivo, con Luis Baigorria en los relatos, Rodolfo *Pancho* García en los comentarios y Leonardo Jalil Bayer en la locución comercial. Aún muchos años después me parece escucharlos: “Hizo efectivo el saque Knell, cabezazo de Navarrete hacia Cárdenas...”, avisa Luis, “el ataque no prospera”, agrega García y apunta que el jugador de Alas cometió infracción sobre el arquero Contreras de Huahuel Niyeo. La voz de

Leonardo sentencia: “¡Residencial Villa Mitre!, sinónimo de buena atención. Habitaciones calefaccionadas y, además, con baño privado”.

Años dorados del fútbol barilocheño y regional que permanecen en mi memoria y así, de vez en cuando, retumban en mi presente.





José Alberto Quiñones

Cipolletti

Tiene 67 años, es jubilado y reside en Cipolletti. Fue jugador del Club Cuatro Esquinas (campeón en sexta división en 1974) y es socio vitalicio (e hincha) del Club San Martín de Cipolletti. Colaboró con la Liga de Fútbol Independiente cipoleña y desde 1996 coordina las actividades de la Liga de Fútbol de Veteranos de dicha localidad.



Bifes con cebolla

Está fresca la tarde y una brisa persistente la enfría aún más. El solcito brilla y hace más llevadera la estadía en el Julio Dante Salto, pero, como estamos en julio, no se puede pretender otra cosa.

Se juega el segundo tiempo de la Tercera y, poco a poco, la gente se va arrimando. La tribuna que da a la calle Chile es la que más convoca porque el sol le da de frente y porque ofrece mayor reparo.

Del otro lado, donde gana espacio la sombra, un grupo bastante numeroso de intrépidos desafía el fresquete y se ubica junto al alambrado, de donde no se mueve en toda la tarde.

Los más variados personajes frecuentan el lugar. El Gordo Ludman, con el pañuelito al cuello, está un rato y después se pone detrás del arco que da a los vestuarios o se va a la zona de las plateas. El que no

falta nunca es Jueves, quien se ganó el apelativo por su manía de meterse en el medio de cuanta conversación se le cruce en el camino, aunque no lo inviten.

Por ahí se asoma, además, Aurelio, quien vive cerquita, cruzando la Juan XXIII, y lo siguen: Güenchu, el Lolo, el Nipo, el Negro Mota (con la boina) y el *Gordo* San Martín trayendo el redoblante. También se anota el Masca Riel, un simpático espécimen que, cuando ríe, deja al descubierto la falta casi completa del “comedor”.

Hay un imán irresistible que los atrae al lugar domingo por medio y que no pueden evadir: la cantina, donde, a los clásicos choripanes, esta vez le agregaron algo muy especial: bifés con cebolla.

El aroma inconfundible inunda el aire despertando el apetito, aunque más de uno se haya mandado dos platos de tallarines al mediodía antes de rumbear para el estadio. En la cocina está Jacinto, a sus anchas cuando de menesteres gastronómicos se trata. Ofrece un pedazo generoso de carne acompañado de cebolla, mucha cebolla, envuelto en un pan felipe y un vaso de vino tinto.

Al cantinero lo asiste el *Gordo* Galli. Cuando termine el partido de la Tercera se sumará, como siempre, don Amador, quien ahora está de recaudador en la boletería. El olorcito no cesa y la brisa lo lleva de un lado a otro; hasta el *lineman* de ese lateral mira de reojo hacia la cantina.

Son las tres y cuarto de la tarde. Por la boca del vestuario aparecen los “leones”, con el *Pepe* Romero a la cabeza

portando la pelota y el brazalete de capitán ajustado en su brazo izquierdo. Se renueva el idilio. Aplausos, cantos, el redoble de un bombo y papelitos que vuelan en el viento para recibir al equipo.

—¡Vamos, San Martín, carajo! —grita el Mota.

Pantalón, camiseta y medias, todo celeste. La indumentaria tal como marca y exige la historia: colores que transmiten la vieja mística y refuerzan el apoyo incondicional a quienes los visten.

En el grupo cantinero emerge la figura del Gringo: anteojos negros apoyados sobre su nariz prominente y colorada. Su vozarrón, inconfundible, anuncia lo que todos esperaban:

—¡Diez pesos al que haga el primer gol de San Martín!

Y el Gringo, ante las risotadas, muestra el billete (que valía en ese tiempo) levantándolo con una mano mientras sostiene el vaso de vino tinto en la otra.

A los veinte minutos, gol de San Martín. Una corrida letal de *Cachavacha* Giñe despierta los festejos. El delantero grita el gol mirando al Gringo, quien responde mostrando el billete con cara de felicidad. Terminan los primeros cuarenta y cinco. No queda nadie junto al alambrado.

La cantina semeja un hormiguero y desfilan los bifés con cebolla. Jacinto manda a un pibe a buscar otra damajuana de tinto. Todavía falta un tiempo, la temperatura ha descendido varios grados y hay que cargar combustible para aguantar lo que resta a la intemperie.

En el entretiempo se charla de todo un poco y nunca faltan las anécdotas que, por más que se repitan hasta el cansancio, despiertan la risa de los oyentes.

Una es la de aquella tarde en la que uno de los Pailos, Jorge (quien jugó en el club y fue el utilero del campeón del 88), estaba de espectador cerca de la cantina y se la agarró con el 11 del equipo. Entonado por la ingesta etílica desmedida, le enrostraba al *wing* izquierdo su poca predisposición para el juego:

—¡Corré, la reputa madre que te parió!; esto es San Martín, viejo, ¡hay que poner huevos!

La particularidad de la anécdota es que el 11 que no corría ni ponía lo que tenía que poner era el Taca Pailos, su hermano...

Se reanuda el encuentro. Aunque en el segundo tiempo le empatan, San Martín domina el partido: solo les falta afinar la puntería.

La hinchada cantinera se ubica nuevamente junto al alambrado y el Negro Mota, rezagado, llega con la mala noticia de que se terminó la última de cinco litros. Se viene el segundo gol, todos lo palpitan. Cacha se escapa solo y es de los que no falla, pero, ¿qué hace el línea?, ¿de dónde

saca que es orsai si picó desde su propio campo?

Los cantineros, con los ánimos calientes (y no solo por el fallo equivocado), lanzan sin miramientos acotaciones descalificativas hacia la familia del tipo que levantó la banderita y dejó a la hinchada con las ganas.

Termina el partido y la visita festeja el empate que no mereció, pero el fútbol es así. La cantina agotó sus provisiones y la brisa, que ahora es viento, se lleva los pocos efluvios de bifes con cebolla que aún quedaban. El Gringo enfila para los vestuarios, allí lo espera Cachavacha para cobrar su premio.

Poco a poco las gradas quedan desiertas. En quince días vuelve el fútbol y, a lo mejor, el aroma inconfundible y embriagante de los bifes con cebolla de Jacinto y compañía.





Ricardo Ramos

El Bolsón

Tiene 42 años, es investigador y profesor de Historia. Durante su adolescencia residió en General Roca y, actualmente, vive en El Bolsón. Durante su estadía en la ciudad valletana fue jugador en el Club Deportivo Roca, del que sigue siendo hincha confeso hasta hoy.



El día que mi hermano se convirtió en (mi) héroe

Los noventa se hacían sentir. Yo tenía ocho años cuando, en un barrio de General Roca donde pasé años felices, se formó un equipo. El barrio al que hago mención no era el mío: era el de mi primo, Brentana, un barrio de una gran mayoría de hermanas y hermanos chilenos.

Allí las tardes eran maravillosamente largas. Frente a la casa de mi primo había

un descampado que luego se convirtió en potrero y, después, en la cancha de la cuadra. Ahí jugábamos a la pelota, a la bolita, a remontar barriletes, a cazar palotes, a juntar bichos canastos.

En ese contexto, y en este barrio (unido por la humildad típica de esos vecindarios de familias trabajadoras donde las navidades eran compartidas, los abrazos

no faltaban y las largas noches eran acompañadas de pachangas y jolgorios) se formó el equipo que dirigió mi tío, al que llamaron La Cuadra: camiseta amarilla combinada con lo que había, humilde, pero de gran corazón.

La historia sigue: en La Cuadra comenzó a jugar mi hermano, el Pini, defensor de poco lujo, pero se le podía confiar tanto la pelota como el jugador. Táctica infalible. Pelo lacio con corte a lo Carlitos Balá, flaco, veloz. La Cuadra había llegado a la final de un torneo relámpago. Mi primo y yo, al banco eterno. Aquel equipo poco combinado iba a salir a jugar la final y Brentana estallaba.

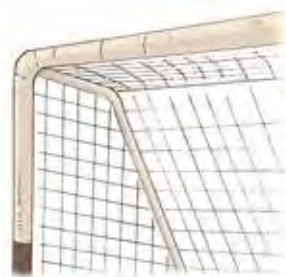
Partido duro, cero a cero. Corría el segundo tiempo y la pelota voló del arco contrario, revoleada por el arquero.

El fútbol viejo, con algunos gajos que le faltaban, se dirigía hacia la línea donde estábamos los únicos dos eternos suplentes, cerca de la mitad de la cancha. Como un rayo, con su melena y su velocidad, apareció aquel flaco calentón: mi hermano, el Pini. La mató con el pecho, observó al arquero, calculó los metros al arco rival y la pegada, y lanzó

un zapatazo que bien se podría haber ido hasta un canalito que había por ahí detrás de la cancha; pero la pelota voló, sobrepasó al arquero y se clavó en el arco rival.

A mí se me llenó el pecho de emoción al ver que aquella pelota se colaba en un ángulo. Mi hermano, aquel flaco en el que todos confiábamos como un gran defensor, el mejor para mí, metió un golazo para que La Cuadra salga campeón.

Todos, una vez terminado el partido, fueron a abrazarlo y lo levantaron. Yo lo miraba con los ojos húmedos de emoción y agarrado fuerte de la mano de mi primo. Ese día mi hermano se convirtió en mi héroe favorito y me demostró —una vez más— que podíamos confiar en él, aunque le pegue con la chancleta.





Jorge Pablo Rebolledo

Cipolletti

Tiene 46 años, es licenciado en Políticas y Administración de la Cultura. Es hincha del Club Atlético Cipolletti, localidad en la que reside.



Papeles volando

Yo tenía nueve años y era la primera vez que iba a la cancha. Cipolletti jugaba de local contra Mandiyú de Corrientes. La Visera de Cemento estaba repleta.

Aquella tarde salimos con papá y el tío Oscar caminando desde la casa de la abuela y doblamos hacia calle Mengelle. En la semana, mi tío había traído de su trabajo varios rollos de cinta de papel de las calculadoras. En bolsas de residuos los llevamos a la cancha.

El estadio era grande para mí, en 1987 todo era enorme. Ingresamos por el portón de calle O'Higgins. En el sector

se mezclaban olores: tierra húmeda, cigarrillo, chorizos y vino tinto. Cuando los aldoneros salieron a la cancha todos comenzaron a silbar y yo también. Cuando apareció Cipolletti los aplausos inundaron el estadio.

Abrimos las bolsas y comenzamos a tirar esos rollos tratando de que pasaran el alambrado y llegaran lo más lejos posible. Por un instante, el tiempo pareció detenerse y la postal se compuso por largas cintas de papel cruzando el aire.

Cuando empezó el partido, papá me cargó sobre sus hombros para que no me

perdiera nada. Yo veía el mundo desde ahí arriba.

Francisco *Pancho* Lamolina daba inicio al partido. Las camisetas blancas y negras recorrían el campo de juego. La pelota iba de un lado a otro como si tuviera vida propia, y los gritos... ¡Amigo! Había uno atrás nuestro que protestaba como si el árbitro le hubiera pisado al perro. A cada jugada gritaba: “¡Cobrá una, una cobrá!”.

El partido estaba muy complicado. A los siete minutos llegó el gol de los correntinos. Lejos de silenciar al estadio, la hinchada empezó a cantar el repertorio con más fuerza que al inicio. Creo que el “Cipollee, Cipollee...” se escuchaba desde la casa de mi abuela.

Después llegó el segundo tiempo, que siempre suele ser más cruel, y Pancho, que hizo del “siga, siga” una escuela dentro del referato argentino, nos estaba complicando bastante la historia. Por suerte, a los quince minutos el albinegro

empató con un gol de Carrizo, y ahí terminé de tirar las cintas y los papelitos que guardaba para una ocasión especial.

Aquella tarde estaba feliz. No entendía del todo qué pasaba en la cancha, pero entendía lo importante. La camiseta. El grito de gol. El humo del choripán flotando como bandera invisible. Y el tío abrazando a papá.

No volvimos nunca más a la cancha los tres juntos y el estadio ya no me parece tan grande, pero al cerrar los ojos todavía escucho la radio, la tribuna cantando, a papá alentando y los papeles volando.



**Pablo Daniel Roque**

San Carlos de Bariloche

Vive en San Carlos de Bariloche. Tiene 45 años y es licenciado en Relaciones Públicas. Si bien fue jugador e hincha fanático, hoy se define como un observador de la belleza del fútbol, el deporte que ama.

El último gol de González

La tarde en Virgen Misionera fue un caos. Piedras, insultos, la cancha destrozada y Arco Iris descendido con dieciocho puntos menos. Santiago González, emblema del club, fue expulsado y sancionado con tres años. Una mancha para el ídolo. Nadie entendía nada. “Se volvió loco”, decían, “no es el de antes”.

Jugó como si supiera que era su último partido. Se peleó, gritó, empujó. Algunos juraron verlo provocar todo, pero él no explicó nada, ni al técnico ni a su hermano. Se fue en silencio, sin dar la cara.

Una semana después lo vieron cruzar a Chile. En Puerto Montt firmó con un club del ascenso. Allí lo esperaba Rosario. Hinchas del Chiquihue, había estado exiliada en Bariloche, amor de tribuna y secreto. Su sanción fue su pasaporte. El escándalo, su coartada.

El último gol de González no fue con la pelota. Fue el que hizo por amor, el más necesario.





Juan José Santi

Viedma

Vive en Viedma y es trabajador social en el Instituto de Asistencia a Presos y Liberados de la provincia. Residió varios años en San Carlos de Bariloche. Con 43 años, hoy es jugador amateur de fútbol barrial en la comarca Patagones-Viedma y es promotor y gestor de esa categoría desde el Club Barrio Parque Bicentenario de Carmen de Patagones



Desbordando por izquierda

Cuenta la historia que años atrás existía una canchita en Bariloche, a orillas del río Ñireco, donde cada domingo se reunían grandes equipos a disputar los bravos torneos relámpago. Las estaciones del año no tenían demasiada importancia: se podía jugar un domingo a las diez de la mañana con la leve escarcha de junio o un domingo a las tres de la tarde con el calor abrasador de enero.

Cada partido tenía su emotividad y era un espacio donde lucirse para aquellos talentos que no tenían la posibilidad de brillar en la liga local, ya sea porque el estado físico no encajaba en los estándares o por una edad no acorde a los grandes escenarios futbolísticos.

Para el ganador no había la tan preciada orejona de la Champions League ni medallas para colgar en alguna vitrina;

nuestro trofeo anhelado consistía en uno o dos corderos patagónicos para compartir con el equipo de amigos.

Recuerdo varios partidos emocionantes, pero el clásico contra Radales A (equipo compuesto por lo “mejorcito” del barrio Lera, relegando a los más inexpertos o no tan dotados futbolísticamente, como es mi caso, al Radales B) fue el primer gran partido de mi vida. De ese encuentro recuerdo la previa, el sorteo donde habíamos quedado emparejados, la ilusión de ganar y el temor disimulado de perder; entre amigos no se hablaba de otra cosa. Era nuestro Boca-River, el momento de demostrar.

Llegó el día, nos anotaron de entrada. Fue un partido difícil, doy fe de que no fue uno de mis mejores partidos (por no decir que fue uno de los más malos que jugué desde que tengo memoria), pero, faltando apenas unos minutos para el final, logré desbordar por izquierda tirando el centro venenoso para que el Ángel empate de cabeza, logrando la heroica: los pibes haciendo pata ancha a los mayores. Luego llegaron los penales, pero esa sería otra historia (digamos que los mismos dependen del azar).

Hoy aquella cancha ya no está, se ha convertido en una posada donde viajeros y turistas buscan un lugar de descanso y placer. Ojalá supieran de los golazos que hizo Ángel Pilquiman, el mediocampo que armaron Richar, Fabi y el Lore, los surcos de Víctor por derecha y las voladas del Tony en el arco.

En realidad, no sé si éramos tan buenos; pero allí quedaron grandes recuerdos, grandes amigos. Los penales ya no serán cuestión de suerte, pero yo seguiré intentando desbordar por izquierda en cada ocasión que la vida me lo permita, tirando centros para que algún amigo pueda definir dándonos una alegría digna de ser compartida.





Nicolás Matías Staffora

Viedma

Tiene 34 años, es periodista y reside en Viedma, donde ejerce como productor y relator deportivo. Es docente en la dirección Nacional de Básquet en Eneba. Enseñó vóley, rugby y fútbol.

¿Solo noventa minutos?

*el hincha se aleja, se dispersa,
se pierde,
y el domingo es melancólico como
un miércoles de cenizas después
de la muerte del carnaval.*

E. Galeano, "El hincha" (1995)

El cielo se torna arrebol y, a pesar de los resultados, la ilusión del hincha se vuelve inmarcesible.

Mientras vuelve a casa, el hincha escucha a sus pares o periodistas dialogar sobre lo sucedido en el encuentro y sobre lo que será en un futuro, ese futuro que parece lejano para muchos, para el hincha es siempre presente.

El hincha contesta en su mente esos diálogos que escucha e interpreta que pueden ser positivos o negativos para su pasión.

Se acuesta, pero no descansa; suma, resta, saca promedios, de pronto se vuelve casi matemático hasta que ¡pum!: los números no dan.

Las cábalas empiezan a ser la duda: si se vistió igual, si llevó la bandera, con quién vio el partido, qué hizo mal, ¿cambió algo?, "voy a probar con esta que funcionó hace unos años".



Así como los técnicos y futbolistas tienen sus técnicas, tácticas y prácticas, el hincha también las tiene. El fútbol no son solo noventa minutos para quien es fútbol en su propia piel.





Ana Silvia Torres

Chimpay

Nació hace 45 años en Chimpay, donde reside actualmente. Hinchada confesa del Club Atlético Chimpay, es profesora de Geografía.



Feo día para ser arquero

“Moreno esquina Los Ceibos para los locales; Don Bosco y Los Claveles para los visitantes”, decía la logística de aquel partido decisivo. Caprichosamente, la cancha del Atlético Chimpay había quedado en medio del pueblo, que crecía a pasos agigantados por aquel invierno de 1993. La tarde se imponía a pleno guante, bufanda, buzo y capucha. El inoxidable folclore de la pelota asomaba un domingo más en la tierra de Ceferino Namuncurá.

En Chimpay solo se respiraba preocupación: Osvaldo Torres, el utilero, estaba en terapia intensiva luego de

haber protagonizado un choque en la ruta 22 junto con el *Chapo* Arruti, la figura del equipo.

La hinchada local –los santos– hacía su ingreso con una mezcla de tristeza y esperanza. Algunos ensayaban los tradicionales cantos tribuneros en un intento de levantar el ánimo; otros, con los ojos llenos de lágrimas, miraban el pasto amarronado por la helada.

“Feo día para ser arquero”, me dije al observar el barro que había en el arco. Tiempo después supe que el *Vampiro* Delgado (bioquímico del pueblo) había dejado la manguera abierta toda la noche

desde su patio al área para que el partido se suspenda. Otro fanático desesperado había recurrido a viejas creencias de campo para “llamar a la lluvia”. Pero no: un par de gotas y un área convertida en chiquero no fueron suficientes y el partido se jugó igual.

Deportivo Beltrán (el Depo) era un rival a la altura de las circunstancias y *el Nene* Suárez lo sabía. Ese inolvidable director técnico entró en la cancha con el corazón en la garganta, un nudo en el estómago, la frente alta y la sonrisa forzada.

El silbato del referí sonó para dar inicio al encuentro. Los santos arrancaron con toda la ilusión, intentando torcer la mala racha, pero el rival estaba concentrado y no cedía nada. Los minutos pasaban y los únicos a los que no les pesaba era a los niños, quienes ya habían armado su partidito paralelo en medio de la calle con arcos imaginarios delimitados con ladrillos.

A los pocos minutos del primer tiempo los locales ganaban 1 a 0, y ganaban bien. Pese a ello, la figura era su arquero, *Poroto* Lallana, quien ahogaba con soberbias tapadas un arranque impecable del Depo, que no se rendía.

Una roja irresponsable reseteó el partido y, en un abrir y cerrar de ojos, los locales perdían 1 a 2. La visita cerró la guardia y el juego se volvió bastante más denso. Chimpay solía jugar con una gran ventaja cuando era local, pero esa vez fue diferente. Deportivo Beltrán lo aprovechaba: se ordenaba y sus piernas le

daban buenas respuestas. Había juventud en el equipo y tenían una carta extra de apellido Bidoni.

Finalizaba el primer tiempo y la tarde se ponía fresca. *El Nene* Suárez ni lo sentía, estaba curtido, sabía de fríos y de malas rachas también, pero le sobraba pasión y amor por el club, y estaba embarcado en este partido que soñaba con dar vuelta. En su mente imaginaba jugadas magistrales, como las que alguna vez concretó en la cancha, solo que ahora era DT.

La tarde se iba en una fiesta de olores: a pucho, a tierra, a humo... Entonces arrancó el complemento.

Apelando a su majestad, la pelota parada, Chimpay lo hizo. Sí, golazo y el encuentro se puso 2 a 2. Las gargantas ardían de tanto grito; algunas manos, enrojecidas por el frío, se aferraban al alambre en un partido que se ponía cada vez más caliente.

Ahora la atención estaba en el área: el barro hacía lo suyo y un defensor chimpayense, Walter Sepúlveda, resbaló y se lesionó. Silencio sepulcral de la hinchada. Empecé a aplaudir ante la impotencia y todos me siguieron. Piel de gallina y escalofrío en la espalda.

El partido se reanudó. Me di cuenta de que eran los últimos minutos. Cerré los ojos, no quería verlo, pero lo escuché: “¡Gooool!”. Gol del Depo. Ya lo había dicho: feo día para ser arquero. Chimpay reclama. *Fosforito* Prada, irreconocible, es expulsado. El partido termina 2 a 3.

La cancha era un caos. No tenía que suceder y sucedió: derrota para el Atlético Chimpay. Derrota memorable.

Sin sacar las manos de los bolsillos me fui caminando lento, pateando piedritas y tragando bronca. Rogué al Cefe que Osvaldo y Chapo se recuperasen pronto y que otra vez llevemos al CACH a lo más alto.

Me alejé caminando lento. A mi alrededor, sesentones de mil batallas con la mirada perdida, cuarentones que pisaban las colillas de los puchos, pibas y pibes que pelaban girasoles. Pies entumecidos apuraban el paso, deseosos

del calor del hogar y la ducha reparadora. El Depo festejó y la pelota siguió rodando.

Y esto sí que tiene que suceder: que la pelota siga rodando. Ya vendrán las buenas y aquí estaremos, con el queridísimo Club Atlético Chimpay.





Luis Arcenio Tronco Velázquez Choele Choel

De Choele Choel, tiene 69 años. Es socio fundador y fue jugador y dirigente del Club Atlético Almafuerte, del cual sigue siendo un ferviente hincha.

El último gol de Corbatta

Cierto día, después de andar y andar por el mundo sin rumbo, llegó al humilde barrio recostado sobre el río de aquel pueblito lejano de Río Negro.

Venía inclinado, con las manos hundidas en los bolsillos, caminando con paso tambaleante sobre un colchón helado de hojas secas. El filo de la brisa le cortaba la piel y el hambre le mordía las entrañas. Se pasó una mano por la boca y murmuró algo inentendible, quizás un recuerdo, quizás una pregunta: “¿Dónde estarán los amigos de entonces?”.

Aquel hombre que alguna vez tuvo el cielo a sus pies, ahora miraba una estrella que parecía reconocerlo desde lo alto. La misma que lo había iluminado en los tiempos de Racing y Boca, cuando el mundo lo aplaudía, ahora lo observaba en silencio, como sabiendo que su enfermedad le había arrebatado todos los placeres.

Buscando refugio del frío, entró en un boliche del barrio. El edificio, gastado por los años, mostraba su historia en cada color descascarado. Tropezó en el escalón de entrada, lo que atrajo todas las miradas hacia él. Al reconocerlo, los hombres del lugar lo rodearon entre gritos y brindis. Las copas se alzaron por



el ídolo caído. Las divas de la noche, en penumbras, se quedaron mirando con una mezcla de sorpresa y desdén.

Días después, acompañado de resacas y desvelos, llegó al club del barrio, que se llamaba Almafuerte. En ese nombre encontró cobijo –quizás le recordaba su fortaleza interna–. Allí lo abrazaron como a un hermano. Ese afecto sencillo fue un bálsamo para su cuerpo y su alma herida.

De amistad fácil, pronto se rodeó de gente buena. Chito lo llevaba a la casa de su abuela Lila, donde sopaipillas, pan casero y guisos abundantes le devolvían la vida.

Don Mansilla le convidaba chupilca; el Gallo Jara le ofreció techo y un gamulán

para enfrentar el frío de las noches sureñas.

Durante el día trabajaba junto a los vecinos como ayudante de albañil, mezclando cemento y recuerdos. Cuando el vino con soda refrescaba la jornada, entre risas comentaba:

—Antes le decía: “Zulma, tráeme las pantuflas...”; ahora me dicen: “Corbatta, tráete la mezcla”.

En el bar del club siempre había una silla para él. Rosita, con cariño maternal, le servía empanadas y pizzas. En ella quizás veía reflejada a su familia perdida. Caminaba las calles del barrio con paso chueco y sonrisa amplia, transpirando bajo la camiseta que volvía a vestirlo de jugador.

Pronto los pueblos vecinos se llenaron de afiches: “Hoy se presenta el Club Almafuerte con el formidable Oreste Omar Corbatta”. Cuando el colectivo llegaba, la gente lo esperaba como a un

héroe. Lo alzaban en andas, coreando su nombre, porque aquella gloria, por un rato, también les pertenecía.

Los días siguieron su curso, hasta que el destino volvió a golpear. La partida de Rosita lo dejó sin consuelo. Fue a despedirla con un traje prestado por el Gallo, con la dignidad intacta. Nadie supo en qué momento se marchó de Choele Choel.

Dicen que hoy, desde la tribuna del cielo, *el Loco Corbatta* sigue alentando con Rosita y los viejos del club, y cuando Almafuerte mete un gol, allá arriba se escucha su voz inconfundible, gritando entre risas y lágrimas:

—¡Y dale, y dale, y dale, Alma, dale!



**Oscar Antonio Villar**

General Roca

Conocido como Gori, nació en General Roca, donde reside hasta la fecha. Hinchado del Deportivo Roca, tiene 68 años y es dueño de una memoria prodigiosa. También colaboró con la presente antología aportando muchas fotografías y recortes de diarios de su colección personal.



Pelota de cuero

Desde chico estoy ligado al fútbol. Recuerdo que mis padres me llevaban a jugar baby fútbol al viejo patronato de calle Buenos Aires entre Artigas y Rodhe. Eran canchitas de tierra y se jugaba con un arquero y cuatro jugadores de campo. También recuerdo que jugaba baby fútbol en el playón de Italia Unida, que está en calle Sarmiento entre Villegas y San Martín.

Ya de más grande jugué en el club Italia Unida en las categorías Quinta, Cuarta

y Tercera, y alterné en Primera División. Compartí equipo con jugadores como Brussa, Meñica, Ortiz, *Chula* Fernández, Gerardo Flores, *Pilota* Sánchez y el *Gringo* Sarvioli, los hermanos Zinelli, el *Gringo* Cesarin y muchos más.

Uno de los clásicos era con Tiro Federal, que tenía grandes jugadores, como Rojas, Cuffoni, Puluchi, el *Negro* Feiko, el *Colorado* Pagano, *Chiquito* García, el *Chiva* Martínez, Montoto, Carosanti y Berlato (era la delantera de

Tiro Federal) en el año 1967. Se jugaba a cancha llena.

El otro clásico era con Argentinos del Norte, que contaba con Rodríguez en el arco, Vizcusi, Ferrari, Vázquez y Gil, Barrientos, Zarranz y La Madrid, Roma, Zsunky, Romano, Antonelli y Corradini.

Algunos clubes de esa época eran el Atlético Regina, el Club Círculo Italiano y el Club Social y Deportivo Pago Chico (los tres de Villa Regina), el Club Social y Deportivo Godoy, de General Enrique Godoy; Club Social y Deportivo Huergo (de Ingeniero Huergo) y Deportivo Mainqué (de Mainqué).

En Cervantes había dos equipos que formaban parte de la Liga Deportiva Río Negro (que se fusiona con la Liga Confluencia en 1975). El más conocido era el de la Cámara Agraria de Cervantes. También estaba el Club San Miguel de Stefenelli.

El torneo de la Liga Río Negro tomó más relevancia cuando Tiro Federal trajo a jugar para su equipo a Oreste Osmar Corbatta, famoso jugador de Racing y de la Selección Argentina. Fue todo un suceso en la región, se llenaban todas las canchas donde jugaba Tiro Federal.

Era un placer ver jugar a Corbatta, ¡cómo le pegaba a la pelota! Le daba un chanfle perfecto, hacía goles olímpicos, de tiros libres y de penal; una delicia para los que tuvimos la suerte de verlo jugar. Tuve el honor de compartir asados y salidas con él. Fue un fenómeno de persona y un jugador fuera de serie.

Luego se fue a Neuquén a jugar al

Pacífico, hasta que regresó a Buenos Aires y a su casa: Racing Club.

En 1974 llegó el momento de la fusión de la Asociación Patriótica Tiro Federal con Italia Unida y Río Negro, los tres clubes de la ciudad. Comenzó a gestarse así lo que hoy es Deportivo Roca.

En un principio se llamó Tiro e Italia, y se utilizaron las camisetas que estaban disponibles. Luego, por unanimidad, los dirigentes de esa época definieron el nombre del club como Deportivo Roca y se eligió el color naranja porque, en ese momento, Holanda era el equipo sensación del mundo.

El primer amistoso se hizo contra Cipolletti en la vieja cancha de Tiro Federal, ubicada en la avenida General A. Roca entre Moreno y Canal Grande. Era una cancha chica pero muy bonita, con una tribuna detrás del arco (avenida Roca), otra paralela a la calle (Moreno) y con una visera que era espectacular (daba espalda al Canal Grande).

Ahí se jugaron los primeros amistosos con equipos como Green Cross y la Serena, de Chile; el Equipo de las Estrellas y Atlanta, ambos de Buenos Aires; Rosario Puerto Belgrano, de Punta Alta; y Olimpo, de Bahía Blanca. También con otros equipos de la zona, como Independiente, de Neuquén; Pacífico, Unión, de Allen; Frontera, de Zapala; Sportman, de Choele Choel; Atlético, de Río Colorado, y Deportivo Beltrán; Villa Congreso y Sol de Mayo, ambos de Viedma; el Ciclón, de Carmen de Patagones, y muchos más.

El club se empezó a mover y a contratar a jugadores de otras provincias, hasta que dio forma al equipo que participó en el Torneo de Liga Confluencia en el año 1974. En 1976 salió campeón por primera vez, con derecho a representar a la Liga en el Torneo Regional, y así llegó al Torneo Nacional. Antes lo había hecho Atlético Regina en 1974 jugando contra Aldosivi, Chacarita, Mandilla, Ferrocarril Oeste, Godoy Cruz, Racing de Avellaneda y San Lorenzo de Almagro.

En la década del sesenta hubo equipos que brillaron a gran altura. Cabe mencionar a Argentinos del Norte

(apodados los carceleros), de General Roca, y a Unión Alem Progresista (los magos), de Allen, que tuvieron equipazos, pero no llegaron a jugar campeonatos nacionales.

En definitiva, el fútbol de Río Negro tuvo excelentes jugadores de buen pie que dejaron su sello.



SERIE ANTOLOGÍAS
DIRECCIÓN DE ARTE Y COMUNIDAD

Cumplidos los primeros 45 minutos, el árbitro marca el pitazo final y nos vamos a vestuarios. *Relatos de Potrero. Primer Tiempo* reúne voces, recuerdos y pequeñas grandes historias nacidas alrededor de una pelota. Desde los potreros y clubes de barrio hasta las tribunas, las radios y las calles de pueblos y ciudades, estos relatos recorren Río Negro a través de una de nuestras pasiones más profundas: el fútbol.

Con el homenaje a Osvaldo Soriano como punto de partida, esta antología entiende al fútbol como una forma de contar la vida y, al mismo tiempo, de contar un territorio, porque en Río Negro también se juega así: **con memoria, con identidad y con historias que siguen rodando.**

**Termina el Primer Tiempo,
pero el partido sigue en pie.**



ISBN 978-950-767-168-5



EN 2025, LA DIRECCIÓN DE ARTE Y COMUNIDAD, DE LA SECRETARÍA DE CULTURA DE RÍO NEGRO, REUNIÓ A TREINTA Y TRES RIONEGRINOS Y RIONEGRINAS PARA CONSTRUIR ESTE RESERVOIRIO DE MEMORIA FÚTBOLERA PROVINCIAL LLAMADA *RELATOS DE POTRERO* QUE PRETENDE HOMENAJEAR AL FÚTBOL Y A LA CULTURA QUE LO RODEA. A TODOS ELLOS: GRACIAS.



CULTURA RN

